Relatos

Boris Pilniak



http://www.librodot.com

LA CIUDAD DE ORDYNIN

En la puerta principal del Kremlin de la ciudad estaba escrito (ahora la inscripción ha desaparecido):

¡Guarda, Señor, esta ciudad
y a sus moradores,
y bendice a quienes
crucen esta puerta!

Y he aquí el fragmento de la deliberación del Consejo de Procuradores de Ordynin:

Lunes, 7 de enero de 1794. En presencia del Consejo de Procuradores de Ordynin, los presentes señores se reunieron a las doce del día:

Dementy Ratchin, alcalde de la ciudad.

Consejeros municipales: Semion Tulinov y Stepan Ilin.

Stepan Ziabrov, *starosta* de la ciudad.

Después de haber oído...

Decidieron: agradecer y honrar al alcalde de la ciudad, hombre ilustre y probo.

Firmaron...

Salieron del Consejo a las dos de la tarde y se dirigieron a la catedral a rezar.

Ese documento fue escrito exactamente cien años antes del nacimiento de Donat, y éste lo encontró cuando saqueó los archivos de Ordynin. El acuerdo estaba escrito sobre un papel azul, con pluma de oca y con letras rebuscadamente adornadas.

La historia de la ilustre familia de comerciantes Ratchín contaba doscientos años. Éstos habían obtenido primero el monopolio de la sal, después comerciaron con harina y ganado; doscientos años (bisabuelo, abuelo, padre, hijo, nieto, bisnieto) sin moverse del mismo lugar, en la lonja de la sal (hoy destruida) y en su tienda de la Plaza del Mercado (hoy Plaza Roja); todos los días se apostaban tras el mostrador, movían las cuentas del ábaco, jugaban a las damas, bebían té del samovar (para después regar el que sobraba en el suelo), recibían a los clientes y maltrataban a los dependientes...

Iván Emilianovich Ratchín, bisnieto de Dementy y padre de Donat, era hace cuarenta años un joven de pelo rizado cuando lo colocaron tras el mostrador; a partir de entonces cambiaron muchas cosas; enflaqueció, se quedó calvo, tuvo necesidad de usar lentes, comenzó a caminar apoyado en un bastón, sin quitarse jamás una levita forrada y una gorra igualmente forrada. Había nacido en la casa familiar de dos pisos situada detrás de la tienda, cuya entrada estaba custodiada por dos perros de piedra; a ese lugar había llevado a la esposa, de allí habían sacado el ataúd de su padre; en ese lugar era el amo.

En el Kremlin había edilicios públicos e iglesias; abajo del Kremlin, en lo hondo de un barranco, corría el Volga; más allá del Volga se extendían las praderas, el barrio de Iamskaia (en esa época el ferrocarril pasaba a cien, verstas de distancia) y el monasterio de Redenev. Día y noche, cada cinco minutos, el reloj daba la hora: ¡Don! ¡Don! ¡Don! Los primeros en despertar en el Kremlin eran los gansos (en el Kremlin no se criaban cerdos porque las calles estaban adoquinadas). Poco después de los gansos, aparecían los borrachos del mesón, los mendigos, los "inocentes".1 Los policías se dirigían hacia la jefatura llevando sobre la cabeza unas mesas, porque el gobernador había publicado un decreto para toda la provincia, ordenando que los agentes de policía hicieran rondas todas las noches y firmaran, como comprobante, unos registros que mandó pegar en las mesas de las garitas. Pero los policías firmaban por las mañanas y no durante la noche, y no en las garitas sino en la comisaría a la cual se hacían llevar las mesas. Se permitía de mala gana que la gente transitara por las calles durante la noche. Y si un cabo medio dormido gritaba: "¿Quién anda ahí?", era necesario responder inmediatamente: "¡Un vecino de la ciudad!"

En los puestos de policía y en la comisaría golpeaban a los detenidos, especialmente a los borrachos, de una manera brutal. El cabo Babotchkin había llegado a convertirse en un especialista famoso en el ejercicio de esa profesión.

Los habitantes del lugar se reunían muy temprano ante el despacho del Monopolio de Alcohol, se sentaban en el suelo, sobre la yerba, y esperaban con paciencia a que abrieran. Cuando los comerciantes pasaban frente a ese local no dejaban de persignarse. El padre Leskoiev volvía también muy temprano del río con sus cañas de pescar. Caminaba con paso presuroso, con las llaves en la mano para abrir la tienda diocesana situada en el mercado. El devoto Leskoiev era un hombre respetado, el único defecto que se le conocía era que en verano sus bolsillos rebosaban de lombrices, resultado de su pasión por la pesca (lo que le valió ser denunciado ante el obispo por el poeta y delator Variguín). El borracho Ogoniok el Clásico le gritaba siempre:

—¡Ilustrísimo señor!... ¿Puedes tú comprenderme?— pero el reverendo que corría apresuradamente, no respondía sino con un vago gesto.

E inmediatamente después de la aparición del eclesiástico, salía por la puerta del jardín el profesor Blamanjov, en uniforme de tela blanca, sombrero y chanclos, quien seguía los pasos del padre Leskoiev hasta su tienda para tomar el té a su lado y conversar un buen rato. Ogoniok el Clásico se dirigía hacia él con paso seguro y le decía:

—¡Ilustrísimo señor!, generoso señor... ¿Puedes tú comprenderme? Es Ogoniok el Clásico quien te habla... Blamanjov le daba diez copeicas. Blamanjov se había hecho célebre por dos cosas: por sus clases de geografía y por su mujer, la cual asistía a la iglesia con una diadema colocada entre su rala pelambre y ramoneaba desnuda por su casa; durante el verano y el otoño vendía la fruta de su huerto desde la ventana de la cocina con sólo un camisón encima.

Aparecía también el luchador Truscov, quien se echaba entre pecho y espalda dos o tres vasos de vodka en el mostrador del expendio de alcohol. Algunos comerciantes de poca monta y buhoneros entraban un momento de paso al mercado. Los borrachos compraban sus botellas y después desaparecían. Algunos cocheros, sentados en su pescante con aspecto de estar a punto de caerse del sueño detenían los caballos para beber un trago.

Y sobre la ciudad aparecía el sol, siempre hermoso, siempre extraordinario. Sobre la tierra, sobre la ciudad, transcurrían las primaveras, los otoños y los inviernos, hermosos siempre, siempre extraordinarios.

Todas las primaveras las viejas y los niños salían en peregrinación al convento de Nikolai Radovenets, a rezarle a la Virgen de Kazán; escuchaban los sermones y añoraban el pasado. En otoño, en los días invernales, sobre todo después de la Pascua, se ponían en actividad las casamenteras, hacían posible que los novios se encontraran con las novias, los mercaderes con las esposas de los soldados y las viudas con sus pretendientes; los empleados de correo visitaban a sus prometidas y conversaban con ellas de literatura y de geografía: la novia decía que prefería al poeta Lagertchnikov y el novio declaraba preferir al novelista Nadson;2 después, la conversación languidecía y el novio hacía entonces algunas preguntas para orientar la conversación hacia la geografía: la novia afirmaba haber ido al convento de Nikolai Radovenets, y el novio hablaba de Varsovia y Liubán donde había hecho el servicio militar. En la ciudad se celebraban las fiestas de san Nicolás, san Pedro y el carnaval. Se organizaban ferias; llegaban los titiriteros, los prestidigitadores y los acróbatas, se instalaban barracas para las marionetas; los artistas distribuían personalmente los programas, y, después de la feria, los comerciantes iban a consultar en secreto al doctor Eleazarich. Durante el invierno era costumbre tomar el baño todos los sábados en el establecimiento de Vodopoischik, quien había construido un pasadizo de madera desde las calderas hasta el río, y allí, en un agujero abierto en el hielo, los mercaderes, después de haberse puesto a cocer en el vapor y de correr a toda velocidad se daban uno o dos chapuzones. Los domingos de invierno se organizaban encuentros de box donde los habitantes de Iamskaia se daban de golpes con los de Redenev; comenzaban los chicos y terminaban peleando los mayores, lo que no impedía que por la noche los comerciantes se deslizaran en trineos hasta el barrio de Iamskaia para divertirse con las gitanas y así multiplicar el número de gitanillos rubios. La noche de Navidad no comían sino hasta después de pasada la media noche; el primer día del año glorificaban a Cristo y escuchaban largos sermones; la noche de Reyes pintaban con tiza cruces en las puertas de todas las casas.

Los acontecimientos en la ciudad eran escasos y, los que ocurrían, eran de esta especie:

Michka Svelev, hijo del carpintero, e Ipolit, hijo del encargado de cobrar los impuestos, estaban jugando con un ratón al que tenían amarrado por la cola cuando pasó por la calle el loco Ermil, el tuerto, que vivía del otro lado del río y al ver aquel espectáculo comenzó a arrojar piedras contra las ventanas. Entonces Svelev, el carpintero, se lanzó contra el orate con una hoz en la mano; el loco le quitó la hoz y amenazó con ella a los bomberos, quienes llegaron para tratar de instaurar el orden y finalmente huyeron; sólo el cabo Babotchkin había logrado dominar la situación. Michka fue castigado con abundancia de azotes durante tres días consecutivos.

Cuando se presentaban esos acontecimientos, toda la ciudad hablaba de ellos durante medio año. Una vez cada par de años los presos se escapaban de la cárcel municipal y entonces comenzaba una cacería que tenía por escenario a toda la ciudad.

Junto a la lonja de la sal, en la plaza del mercado, no lejos de la tienda episcopal, había una casucha, el único lugar en que se vendían libros, y que tenía el siguiente letrero:

COMPRA Y VENTA
de manuales escolares, tinta, plumas,
lápices, ediciones periódicas y
artículos de oficina.
PROPIETARIO: A.V. VARIGUÍN

Bajo el icono de los cuarenta santísimos mártires, en el mercado, estaba situada la tienda diocesana. Ante el icono del mercado se celebraban tantas misas cuantos eran los comerciantes del lugar, los días en que cada uno de ellos celebraba su onomástico. En aquella tienda los iconos no se compraban sino que se adquirían por medio de operaciones de trueque: el cliente compraba una gorra nueva con algunas monedas de plata y cambiaba aquella gorra por el icono elegido. Las gorras eran para los seminaristas. El reverendo Leskoiev atendía el negocio diocesano, y, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, soñaba con crear una fraternidad de pescadores; se veía resolver en medio de una reunión general un problema que le obsesionaba desde hacía tiempo: ¿cómo inmovilizar en el agua las barcas de los pescadores?, ¿con una piedra, con el ancla o por medio de amarras? En aquella tienda se jugaba a las damas; allí se reunían los intelectuales de la localidad: el profesor Blamanjov y el librero Variguín. El círculo mercantil se encontraba, en cambio, en casa de Ziabrov, el comerciante en jabón, a quien nada divertía tanto como humillar al prójimo. En ese círculo se reunían los abogados con los falsos testigos (la palabra y la acción); los abogados escribían cláusulas y los otros testimoniaban sobre todo lo que se les pedía. Por entre las barracas y puestos merodeaban infinidad de mendigos e "inocentes". Ziabrov se divertía con ellos: en invierno embadurnaba de saliva una moneda de cobre y luego la ponía sobre una losa de piedra para que quedase pegada al suelo y obligaba a los mendigos a levantarla con los dientes; en verano ofrecía una moneda de diez copeicas a quien se bebiera un cubo de agua (Tiga-Goga, el idiota, lo hacía), o bien organizaba carreras de mendigos. Ziabrov se divertía también jugándole bromas pesadas a los transeúntes: sacaba a la calle un reloj atado con un hilo, o dejaba como por descuido cajas de bombones que contenían unas veces cucarachas, otras ratones muertos. Los tendajones del mercado eran oscuros, húmedos, desprendían un olor a ratas, a pieles a medio curtir y a arenques rancios.

Iván Emilianovich Ratchín, alto, reseco, con la gorra calada hasta las orejas, llegaba a su tienda a las siete menos cinco, abría ruidosamente la cerradura y enseñaba a los dependientes y aprendices los secretos del oficio; en presencia de los clientes era necesario utilizar ciertas palabras convencionales que éstos no pudieran comprender.

Era necesario abrir la puerta a los clientes y cerrarla tan pronto como hubieran entrado: ¡El que no toma falsas medidas y no engaña, no vende!

Iván Emilianovich se retiraba a su oficina, hacía cálculos con el ábaco, leía la Biblia, llamaba a los dependientes culpables de alguna falta (para los aprendices no era menester que hubieran incurrido en falta alguna) y bajo la lamparilla permanentemente encendida les administraba los castigos pertinentes según la gravedad del delito, a veces con una fusta de dos correas, otras con una de correas múltiples. A las doce les daba cinco copeicas a los empleados y tres a los aprendices para pagar la comida, y se iba a la tienda del padre Leskoiev a jugar a las damas, a diez copeicas la partida... y en silencio les ganaba a todos. Detestaba la maledicencia. Hablaba con los clientes en tono severo, y sólo con los más importantes.

A las siete y media se cerraba el mercado; y, a las ocho, deambulaban los perros entre los callejones. A las nueve, la ciudad dormía, y a la pregunta: "¿Quién anda ahí?", era necesario responder: "¡Un vecino del lugar!"

En casa de Iván Emilianovich Ratchín, tras los perros de piedra que custodiaban la puerta, era de rigor el silencio, y sólo por la noche se oía, procedente del sótano donde vivían los dependientes y aprendices, un canto sofocado de salmos y versículos. En la casa se quedaban en depósito las chaquetas y botines de los dependientes y los pantalones de los aprendices (para evitar que escaparan de noche) y el propio Iván Ratchín dirigía el coro, empuñando la varilla que durante el día le servía para corregir a su personal. En el sótano las ventanas tenían rejas de hierro, no había lámparas y la única luz procedía de la veladora que ardía perpetuamente ante el icono. En la cena, Iván Emilianovich presidía la mesa, cortaba personalmente la carne salada y la echaba en la sopa de coles; él era el primero que metía su cuchara de madera en la sopa común; con esa cuchara golpeaba en la frente a quien bostezara; sólo se podía comer la carne cuando él daba la orden:

—¡A comer se ha dicho!

A Iván Emilianovich se le conocía tanto en su casa como en su comercio con el nombre de el Papá. Todos vivían según el proverbio que dice: "El Papá lo observa todo y todo lo enmendará". Iván Emilianovich estaba casado con una mujer enorme que leía el destino de las personas en los posos de café; pero no se acostaba con ella, sino con Machuja, el ama de llaves. Antes de dormir, Iván Emilianovich rezaba durante largo rato en su sofocante dormitorio; rezaba por su comercio, por los hijos, los muertos, los navegantes y los viajeros; recitaba salmos. Dormía poco y con sueño ligero, como todos los viejos. Se levantaba antes que los demás, prendía una vela, volvía a rezar, daba órdenes, bebía té y se iba a la tienda de donde no volvía en todo el día. En casa se estaba mejor cuando él se ausentaba, tal vez porque esto ocurría siempre durante el día. Tan pronto cerraba las puertas

tras él aparecían, salidas de todos los rincones de la casa, un tropel de viejas devotas mantenidas y toleradas por la familia. Todos los sábados, después de vísperas, Iván Emilianovich azotaba concienzudamente a su hijo Donat. En Navidad y en Pascua llegaban los huéspedes; los parientes se reunían el 24 de junio, después de la ebria noche de san Juan, día del santo de Iván Emilianovich, ese día se ofrecía en el patio una comida a los mendigos de la ciudad. El Domingo de Pasión, dependientes y aprendices se arrodillaban a los pies del amo, y él le decía a cada uno:

—¡Abre bien la boca, sopla! —y trataba de descubrir algún tufo de vodka.

Así, entre la casa, el negocio, la Biblia, los azotes, la mujer y Machuja, pasaron cuarenta años. Así fue cada día, así fue durante cuarenta años, y todo ello se entretejió con la vida, entró en ella, como una vez había entrado la mujer y habían llegado los hijos, como había salido el padre y había comenzado la vejez.

Desde su nacimiento, Donat, el hijo de Iván Emilianovich, había sido un niño hermoso y fuerte. Durante la infancia lo había tenido todo: muñecos, animales domésticos, baños en el río, cometas, pichones, cepos para cazar pájaros, patines de hielo.., todo eso lo tuvo durante los días en que debido a su corta edad nadie advertía su existencia. Pero hacia los quince años su padre reparó en él, ordenó que le hicieran nuevas botas, gorra y pantalones, le prohibió salir de casa salvo para ir a la escuela y a la iglesia, revisaba personalmente su caligrafía, que deseaba impecable, y los sábados lo azotaba con celo. Donat era a los quince años un muchacho alto de hermosa cabellera rizada. El corazón de Donat había sido creado para el amor. En la escuela el profesor Blamanjov lo obligaba, como a los demás alumnos, a viajar por el mapa: Jerusalén, Tokio (por mar y tierra), Buenos Aires, Nueva York; a enumerar paralelos y meridianos, a describir las ciudades, los hombres, la naturaleza. En la escuela, a decir verdad, no se enseñaba sino geografía y ni siquiera era aquello geografía sino itinerarios turísticos. Blamanjov encargaba, por ejemplo, estudiar de un día para otro un viaje por Yorkshire. En esos días floreció el primer amor de Donat, maravilloso y extraordinario como todo primer amor. Donat se enamoró de Nastia, la sirvienta, una muchacha tranquila de ojos negros. Donat entraba por las noches en la cocina para estudiar allí con fervor una *Vida de santos ilustres.* Nastia se sentaba frente a él, apoyaba en las manos su cabeza envuelta en un pañuelo negro y lo oía con unción. Donat leía devotamente y su alma se inflamaba. No se podía salir de casa, pero durante la Cuaresma observaban el ayuno e iban todas las noches a la iglesia. Era un abril transparente, los arroyuelos corrían con estruendo, los pájaros se afanaban construyendo sus nidos, el crepúsculo transcurría lentamente, se oía el eco del tañido de las campanas cuaresmales; y, al anochecer, sumidos en una especie de ensueño primaveral, cogidos de la mano, recorrían las iglesias (porque en Ordynin había veintisiete iglesias), no hablaban, sólo sentían, sentían únicamente su inmensa felicidad. Pero también el profesor Blamanjov asistía por las noches a los servicios religiosos y en uno de ellos vio a Donat con Nastia, lo comentó con el padre Leskoiev y éste, a su vez, previno a Iván Emilianovich. Iván Emilianovich llamó a Donat y a Nastia, le levantó la falda y ordenó al dependiente principal azotar (en presencia de Donat) a Nastia con el fuete de varias correas; luego (en presencia de Nastia) hizo que Donat se bajara los pantalones y lo fustigó de mano propia. Esa misma tarde despidió a Nastia, la envió a la aldea, y mandó a Machuja a pasar la noche con Donat. El profesor obligó al día siguiente a Donat a que viajara por el Tíbet hasta llegar a la celda del Dalai-Lama y le puso la

calificación más baja por no saber que los europeos nunca son admitidos en presencia del Dalai-Lama. Aquella Cuaresma, sus crepúsculos, el tañido de las campanas, los ojos serenos de Nastia, quedaron para siempre grabados en la vida de Donat; los recordó siempre como lo más bello que hubiera conocido.

Los dependientes le enseñaron poco después a escapar por la noche a través de una ventana cuyas rejas habían sido segadas y llegar, evitando cruzar la ciudad, al barrio de Iamskaia para beber vodka en el Europa. Comenzó a acompañar al padre a la tienda. Los días de fiesta se engalanaba, iba a pasear a la Bolschoia Moskovskaia, e hizo amistad con un monje del monasterio de Beloborski, el padre Pimen. En verano, muy de mañana, iban a nadar juntos al pequeño lago del monasterio, paseaban por el parque, y luego, en la celda, adornada con cruces e iconos, con un cactus sembrado en un tiesto y una jaula de canarios, bebían licor de frutas. El padre Pimen le hablaba de sus devotos y le leía poemas picarescos que él mismo componía en eslavo esclesiástico. A veces se les unían otros monjes, y entonces se dirigían a un lugar escondido en el campanario de Marina, enviaban a algún chico a comprar vodka y allí cantaban hasta desgañitarse canciones escolares indecentes, entonadas con la música del réquiem. Algunas noches, el padre Pimen se ponía una capa de estudiante y se iba con Donat al circo. El monasterio era antiguo, con capillas hundidas en el suelo, muros vigorosos, viejos campanarios... y Pimen le contaba a Donat las antiguas leyendas de Ordynin. Pimen le hizo conocer después a la Urivaieva. Durante las insomnes noches de junio, Donat escalaba la tapia con una botella de vodka bajo el brazo y se iba a reunir con la viuda del usurero millonario Urivaiev; los comerciantes la habían expulsado de la ciudad y la tenían sometida a tutela permanente. Golpeaba ligeramente los cristales y luego entraba en el dormitorio de la viuda y se dirigía decididamente al lecho matrimonial. Se amaban con pasión, hablaban, se odiaban, se maldecían. El usurero Urivaiev se había casado con Olenka cuando ésta tenía diecisiete años y él pasaba ya de los setenta, para ponerla luego a disposición de los monjes más disolutos; había extirpado todo lo que había de natural en ella, y al morir había recomendado en su testamento que la mantuvieran bajo tutela como a una menor de edad. La hermosa Urivaieva se había convertido en una alcohólica, en una histérica: la ciudad la perseguía, la había sepultado viva... Pero tampoco aquel último amor de Donat tuvo larga duración, esa vez el espía fue el poeta y delator A. V. Variguín, quien escribió su denuncia en verso.

¿Quién sabe?

¿Quién sabe lo que hubiera sido de Donat?

En 1914, durante los meses de junio y julio, ardieron en rojos incendios los bosques y las praderas de los alrededores; el sol surgía y se ocultaba como un disco rojo; la población languidecía, se sentía sofocar.

En 1914 estalló la guerra, y, después, en 1917, la revolución. En la antigua ciudad concentraban a los hombres, les enseñaban el oficio de matar y los enviaban a los pantanos de Bieloviejska, a Galitzia, a los Cárpatos. En Ordynin, el pueblo entero acompañó a los primeros soldados hasta el barrio de Iamskaia. El primer caído en la ciudad fue Ogoniok el Clásico, el borracho honesto, el estudiante fracasado, quien al ahorcarse dejó el siguiente

mensaje: "Muero porque no puedo vivir sin vodka. ¡Ciudadanos, camaradas de la nueva aurora! Cuando una clase ha sobrevivido a sus posibilidades no le queda sino esperar la muerte, y entonces es preferible morir por propia voluntad. ¡Sé que muero en el alba de una nueva aurora!"

Ogoniok el Clásico murió antes de que llegara esa nueva aurora.

En 1916 construyeron la línea ferroviaria que llegó hasta la fábrica y dejó a un lado la ciudad; fue la última vez que los mercaderes, "esos padres de la ciudad", pudieron todavía hacer una de sus clásicas triquiñuelas. Los ingenieros, en efecto, habían invitado a la ciudad a cooperar en los gastos del ferrocarril y los padres de la ciudad se pusieron inmediatamente de acuerdo en apoyar el proyecto, pero proporcionaron una cantidad tan ridículamente exigua que los ingenieros decidieron instalar la estación a diez verstas de la ciudad, al lado de la fábrica. Los trenes corrían endemoniadamente ante Ordynin; sin embargo los vecinos del lugar festejaron con júbilo la llegada del primer tren; fueron en masa hasta la orilla del Volga; los chiquillos, para poder verlo mejor, se subieron a los árboles y a los tejados. El primer tren que se detuvo en la ciudad misma de Ordynin fue un tren revolucionario. En él regresó Donat, colmado de recuerdos (de malos recuerdos) de su adolescencia, rebosante de odio y de energía. Donat desconocía el porvenir, pero conocía el pasado y quería destruirlo. Donat había vuelto para crear; odiaba el pasado. Donat no puso un pie en casa de su padre.

En la vieja ciudad, en el Kremlin, hubo manifestaciones con banderas, el pueblo cantaba canciones revolucionarias, canciones rojas, y salía a la calle a las horas en que antes aquella ciudad de mercaderes y monasterios, con sus iglesias, sus campanarios, sus calles adoquinadas, dormía profundamente, a las horas en que antes la vida dejaba sentir su propio peso tras las altas paredes de piedra y las puertas custodiadas por mastines, aunque fueran de piedra. En torno a la ciudad de Ordynin se extendían los bosques, y en los bosques los guerrilleros incendiaban los palacios de sus antiguos verdugos; de esos mismos bosques llegaban a la ciudad los campesinos con sacos de provisiones y trigo.

La casa del comerciante Ratchín fue requisada por la guardia roja. Donat se instaló en la casa de Blamanjov y a donde quiera que fuese salía armado. Donat seguía teniendo la hermosa cabellera rizada de su adolescencia, pero sus ojos centelleaban ahora de pasión y odio. Las barracas, puestos y tendajones del mercado fueron destruidos. Las ratas salieron por millares de abajo de los entarimados; en los sótanos encontraron tocino almacenado a medio podrir, y también cráneos y esqueletos humanos. Todas las barracas del mercado fueron demolidas por orden de Donat, y en su lugar comenzó a construirse una Casa del Pueblo.

Esto es todo.

Aunque hay también otras cosas (¡y el que quiera comprobar su existencia puede ir a verlas!). Todos los días a las siete menos cuarto, ante el nuevo edificio de la Casa del Pueblo, precisamente en el sitio donde en otra época se encontraba la tienda Ratchín e Hijo, llega un viejo decrépito de lentes redondos y gorra calada hasta las orejas; camina apoyado

en un bastón; se sienta en el borde de una piedra y permanece inmóvil todo el día, hasta las siete y medía de la noche. Es Iván Emilianovich Ratchín, el bisnieto de Dementy, el padre de Donat el revolucionario.

En la ciudad reina el hambre; en la ciudad hay dolor y alegría. En la ciudad desfilan primaveras, otoños e inviernos. A lo largo de la nueva carretera acampan muchos hombres, y a su lado la viruela y el tifo. Sobre la puerta del Kremlin ya no existe aquella vieja inscripción:

¡Guarda, Señor, esta ciudad
y a sus moradores,
y bendice a quienes
crucen esta puerta!

En la ciudad no sólo había habido comerciantes; al lado de ellos vivían los nobles, los burgueses y la plebe; la ciudad se encontraba a. mil verstas de cualquier otro lugar, en la región del Kama; y a la ciudad llegaron un día los blancos.

En crónicas oscuras se describe de esta manera a las tierras de Ordynin: "La ciudad de Ordynin es de piedra; sus tierras son ricas en piedras que arden y también en imanes que atraen al hierro." Por eso en las afueras de Ordynin surgió una fábrica metalúrgica. En las tierras de Ordynin se suceden valles, barrancos, estanques, lagos, bosques, pantanos, campos, un amplio cielo y estrechos caminos vecinales. El cielo es sombrío y se recubre de espesas nubes negras. A veces el bosque se lamenta y gime; otras, arde. Los caminos vecinales serpentean sin principio ni fin; y para el hombre es una calamidad transitarlos, querría encontrar senderos más rectos; a veces se confunde, y cuando llega a advertirlo se encuentra en el punto mismo de partida... Dos hileras de árboles bordean el camino, todo lo demás es el trigal inabarcable, la nieve, el bosque sin principio ni fin. Hay quienes siguen esos caminos cantando tristemente. La ciudad de Ordynin había nacido de ellos, con ellos, para ellos.

En su obra titulada *Historia de la Gran Rusia, de la religión y de la revolución,* el cronista Silvester, arzobispo de Ordynin, dice lo siguiente sobre los vecinos de Ordynin:

> Vivían en los bosques como fieras, comían cosas impuras, juraban delante de sus padres y de sus esposas; desconocían el matrimonio, pero durante algunos días organizaban juegos paganos entre las aldeas; se reunían para jugar, bailar y efectuar toda clase de pases demoniacos; robaban algunas doncellas y en seguida se entendían con ellas; tenían dos mujeres, tres inclusive; si alguien moría, honraban su memoria con una gran comida y encendían una hoguera para incinerar el cadáver; recogían los huesos, los metían en un recipiente y lo dejaban al borde de un camino. Y todo eso sucede todavía.

Ahora ruge la tormenta; ésta es su canción aterrorizadora:

¡Shuuuu-ia, shuuuu-ia!
¡Gfi-uu, gauu, gfiuuuu, gfiuuu, gauuu!

Y:

¡Glav-bum. Glav-buuummm...
Gu-vus, guuuvuuuussss...
Shuuuu-ia, gfi-uuu...
Glav-buuuummmm...!3

Y:...

EL MILENIO

...Y deja que los muertos entierren a sus muertos.

San Matías

El hermano llegó tarde y esa misma noche habló con Viliachov. Konstantin entró con el kepí en la mano, la casaca abotonada hasta el cuello; alto, delgado. No encendieron las velas. Hablaron poco. Konstantin salió enseguida.

—Murió en silencio, tranquilamente. Creía en Dios. ¡Imposible que pudiera romper con el pasado! A su alrededor hambre, escorbuto, tifo... Los hombres: fieras. ¡Qué tristeza! Ya lo ves, vivo en una isba. Nos quitaron la casa. Ahora es de otros, ¡tan extranjeros se sienten ellos como nosotros!

Konstantin dijo breve y tranquilamente:

—Quedábamos tres en el mundo, yo, tú y Natalia. ¡Se acabó! Vine a pie de la estación; hice parte del viaje en un furgón de cerdos. ¡Y no llegué a tiempo para los funerales!

—Ayer la enterramos. Ella sabía que iba a morir. Por ningún precio habría aceptado marcharse de aquí.

—¡Ideas de solterona! Todo aquí se marchita.

Y Konstantin salió sin desperdirse. El joven Viliachov volvió a ver otra vez a su hermano, también en esa ocasión de noche; habían caminado durante todo el día, cada quien por su lado, por entre valles desolados. No tenían nada que decirse.

El amanecer había sido amarillo. En aquella claridad, Viliachov descubrió un águila real que acuclillada sobre un pequeño túmulo desgarraba a una paloma. Al ver a Viliachov, el águila voló hacia el cielo desierto, hacia el oriente, emitiendo un grito solitario, ronco, sobre los campos de primavera. Ese grito solitario y angustioso le iba a quedar grabado durante mucho tiempo en la memoria.

Desde lo alto de la colina, a unas diez verstas del túmulo, era posible ver los alrededores: prados, bosques, pueblos, blancos campanarios de pequeñas iglesias. Sobre los prados surgía el sol rojo tras una trémula neblina rojiza.

Era la primavera; el cielo se curvaba sobre la tierra como una cúpula azul; soplaba un vientecillo fragante, perturbador como la duermevela. La tierra estaba hinchada y respiraba como un monstruo silvestre. Revoloteo de pájaros por la noche, graznidos de cigüeñas al amanecer en derredor del túmulo, gritos que producían la impresión del vidrio: transparentes, desolados...

La primavera llegaba, lozana, promisoria, y, sobre todo, necesaria.

Sobre la tierra primaveral se oía el redoble de las campanas; en los pueblos e isbas: tifo, hambre, muerte. Igual que en el pasado en las isbas no había lámparas; como quinientos años atrás el viento dispersaba el hedor a paja podrida de los techos cuando al llegar la primavera los campesinos la quitaban, la llevaban a los bosques, al oriente, hacia el lado donde vivían los chuvaches. En cada isba se albergaba la muerte; cada isba igual que quinientos años atrás estaba iluminada por una fogata; en cada isba yacían abajo de los iconos sagrados los moribundos, los cuales entregaban su alma al creador tal como habían vivido: con tranquila y cruel sabiduría. En cada isba habitaba el hambre. Los vivos llevaban a los muertos a las iglesias, y las campanas doblaban sin cesar esa primavera. Los vivos iban por los campos que rodeaban los pueblos en procesión con la cruz, excavaban fosas, consagraban los surcos con agua bendita, elevaban plegarias para obtener pan y escapar de la muerte, mientras el aire de primavera transportaba el eco de las campanas. Sin embargo, a la hora del crepúsculo se oía el canto de las doncellas: las jóvenes llegaban al anochecer hasta el túmulo, ataviadas con sus vestidos de colores hilados en casa, y cantaban canciones antiguas, porque había comenzado la primavera y para ellas llegaba la hora de la reproducción. Los mozos se habían marchado a una guerra feroz y sin cuartel, a los frentes de Uralsk, de Ufa, de Arkangelsk... Cuando esa primavera terminara sólo los viejos trabajarían la tierra.

Viliachov, el príncipe Viliachov, cuyo linaje se remontaba a la época del Monomaco,4 miraba con tristeza hacia el infinito desde lo alto de la colina, como un héroe legendario. No le era posible pensar; en él sólo tenía cabida el dolor. Sabía que *todo* había terminado. Quinientos años antes, tal vez en la misma posición, se había encontrado algún ancestro suyo, con espada y coraza, apoyado en una lanza; seguramente los bigotes de ese antepasado habrían sido parecidos a los de su hermano Konstantin. Ante aquel antepasado se extendía el futuro entero. Su hermana Natalia había muerto de tifo; sabía que iba a morir, había invocado la muerte. Ni Konstantin ni él ni Natalia eran ya necesarios. Su nido había sido destruido; nido de rapaces. Rapaces eran los hombres. Los Viliachov poseían un gran poder, y el poder les había arrebatado su poder.

Del túmulo, Viliachov se dirigió hacia el Oka, a diez verstas de distancia. Vagó durante todo el día, pasó por campos y valles desolados —robusto, de espaldas y hombros poderosos y una barba que le llegaba a la cintura—, ¡un señor de otra época! En los barrancos había aún nieve. Por los desfiladeros corrían los arroyos que formaban el

deshielo. La tierra henchida de humores se pegaba a las botas. El cielo era dulce, amplio, primaveral. El Oka corría con espacioso cauce. Sobre el río soplaba el viento, y el viento arrastraba consigo un torpor somnoliento semejante al de una joven rusa que aún no conociera la pasión y tuviera deseos de tenderse a estirar los músculos: en Viliachov había tristeza, nostalgia de lo lejano, los ríos les fascinan, como si fueran avenidas espaciosas trazadas hacia lugares desconocidos: la sangre de sus progenitores está aún viva en ellos. Viliachov se tendió en el suelo, apoyó la cabeza sobre las manos y permaneció inmóvil.

La colina sobre el Oka era una colina desnuda; el viento ceñía todas las cosas con su aliento acariciador y silencioso. Cantaban las alondras. A derecha y izquierda, al frente, piaban los pájaros; el aire de primavera se llevaba los sonidos, los expulsaba; además, del río emanaba un silencio severo; sólo hacia el crepúsculo lloraba sobre sus aguas el tañido de las campanas de la otra orilla, propagándose por muchas verstas. Viliachov permaneció tendido largo rato, triste, inmóvil: un héroe melancólico... Después se puso de pie, se irguió y volvió a emprender la marcha. El viento le acariciaba la barba.

Viliachov encontró a su hermano junto al túmulo. El cielo de la tarde se había vuelto de plomo, los abedules y los abetos al pie del túmulo eran transparentes y solemnes. Durante algunos minutos el mundo entero fue de color amarillo, como los nenúfares de los pantanos, después se volvió verde para azulearse un instante más tarde y rápidamente llegar a la intensidad del añil. El poniente se confundió en una franja color lila; por el valle se deslizó la niebla, chillaron los gansos, volando al ras del suelo, un alcaraván emitió un largo lamento, y sobrevino el silencio nocturno de primavera, ese silencio que recoge todos los sonidos para fundirlos en un solo sumbido insomne, como por otra parte lo hace la misma primavera.

El hermano, el príncipe Konstantin, se encaminó directamente al pequeño túmulo, el kepí puesto, vestido con su abrigo inglés, el cuello levantado y el bastón de paseo bajo el brazo. Al acercarse encendió un cigarrillo: la media luz iluminó su nariz aquilina y la frente huesuda; sus ojos grises brillaron con la frialdad y la calma que caracterizan a noviembre.

—Igual que los pájaros, el hombre en primavera se siente atraído por otros lugares. ¿Cómo murió Natalia?

—Murió al alba sin perder la conciencia. Había vivido, en cambio, como inconsciente, odiaba, maldecía...

—Mira a nuestro alrededor —Konstantin calló por un momento—. Mañana es la Anunciación. Ya lo había yo pensado. ¡Mira!

El túmulo se erguía como una mancha negra; una planta de absintio apenas hacía ruido al ser agitada por el viento; de la tierra, entre borborigmos, se liberaba un efluvio, casi un gas terrestre. Era el olor de la descomposición.

Detrás del pequeño túmulo el cielo se oscureció, el valle desierto parecía ilimitado. El aire se volvió húmedo, frío. En otras épocas había existido en aquel valle un bosque impenetrable.

—¿Oyes?

—¿Qué?

—El lamento de la tierra...

—Sí, se despierta. ¡La primavera! ¡La alegría de la tierra!

—No, no, su tristeza... ¿No sientes el olor a podredumbre? Mañana es la Anunciación, una gran fiesta. Lo había pensado. Mira a tu alrededor. Los hombres han arruinado la región: son unos salvajes. ¡Muerte, hambre, barbarie! A los hombres los ha vuelto locos el terror y la sangre. Los hombres creen aún en Dios, sepultan a los muertos en vez de quemarlos, son todavía idólatras. Creen en los trasgos, las brujas, y en el diablo y en Dios. Ahuyentan la epidemia de tifo sacando la cruz en procesión. En el tren no me atreví a sentarme para no contagiarme. Los hombres sólo piensan en el pan. Durante el viaje quería dormir, pero de mis ojos no se apartaba la figura de una mujer con un sombrero ridículo que, con los labios empapados de saliva, decía que iba a casa de su hermana a beber la "lechecita". Yo sentía náuseas; no decía pan, carne, leche, sino "panecito", "carnecita", "lechecita". "¡Oh, querida mantequilla, cómo te voy a devorar!" ¡Algo feroz!... Los hombres se han vuelto fieras; se trata de una ferocidad universal... Recuerda la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos: desastres, saqueos, pillaje, imbecilidad, supersticiones, antropofagia... No hace mucho aún, durante la guerra de treinta años, hubo en Europa casos frecuentes de antropofagia, la carne humana se cocinaba y se comía. ¡Libertad, igualdad, fraternidad! Si es necesario imponer la fraternidad a golpes de fusil... quiere decir que no se puede hacer nada mejor... Me siento solo, hermano, desalentado y solo. ¿Qué diferencia hay entre el hombre y las fieras?

Konstantin se quitó el kepí. Su pálida frente huesuda adquiría reflejos verduscos en la turbia oscuridad de la noche, las ojeras estaban profundamente cavadas en la piel; a momentos su rostro parecía una calavera; el príncipe volvió la cabeza, miró hacia el poniente y con gesto resuelto frunció la ganchuda nariz; en su rostro surgió algo de pájaro rapaz y cruel. Konstantin extrajo del bolsillo de su abrigo un trozo de pan y se lo tendió a su hermano.

—Come, hermano, tienes hambre.

—Me imagino la escena de esta manera. En el poniente se oscurece lentamente el rojo crepúsculo. En todo el horizonte no hay sino bosques sumidos en el sueño, cenagales, pantanos. En los barrancos y en los bosques aúllan los lobos, chirrían los carros, relinchan los caballos, gritan los hombres... es la tribu salvaje de los rusos que viaja para recaudar sus tributos y que pasa del Oka al Desna y al Soz. El rojo crepúsculo se oscurece lentamente. Sobre la colina ha acampado el príncipe; a la luz roja de ese ocaso está por morir su hijo, el

joven príncipe. Se invoca a los dioses; arrojan a las piras a efebos y doncellas; se ahoga a los hombres, sacrificándolos a los dioses del agua; se invoca a Jesús, a Perún5 y a la Santa Virgen para salvar la vida del príncipe. Pero éste muere a la luz roja de un anochecer de primavera. Mataron entonces a su caballo y a sus mujeres y edificaron este pequeño túmulo. En el campo del príncipe se encontraba un árabe, un árabe ilustrado de nombre lbn-Sadif. Usaba un turbante blanco; era delgado como un dardo, flexible y vibrante como un dardo, oscuro como la pez; su nariz y sus ojos lo hacían parecerse a un águila. Ibn-Sadif había remontado el Volga hasta Kama, en tierra de búlgaros, luego, con los rusos, había llegado a Kiev y a Tsarograd. Ibn-Sadif subió a una colina, posiblemente aquélla; había encendido allí una hoguera; sobre un cepo yacía una doncella desnuda a quien le habían tajado un seno; el fuego le lamía las piernas; a su alrededor se apiñaban hombres ceñudos y bárbaros, con la espada empuñada, mientras un viejo chamán de la Siberia hacía piruetas frente al fuego y gritaba con furia. Ibn-Sadif dio la espalda a la hoguera, se marchó de allí, descendió al pequeño puerto sobre el río. Ya el crepúsculo había terminado, y, nítidas, las estrellas estaban suspendidas en el cielo y con igual nitidez se reflejaban en el agua. El árabe lanzó una mirada a las estrellas del cielo y a las estrellas del agua, igualmente preciosas y diáfanas, y murmuró:

—"¡Qué tristeza, qué tristeza!

"Del otro lado del río llegaba el aullido de los lobos. Esa noche la pasó el árabe junto al príncipe. El príncipe hacía los honores del banquete fúnebre. El árabe tendió las manos al cielo: como las alas de un cisne se agitaron las blancas mangas de su túnica, y dijo con voz que recordaba el agudo graznido de un águila:

—"Precisamente esta noche se cumplen mil años del día en que en Nazareth el arcángel le anunció a la Virgen la llegada de vuestro Dios, Jesucristo. ¡Qué tristeza! ¡Mil años! — eso dijo Ibn-Sadif.

"Nadie en el campamento sabía qué era la Anunciación, ni tenía noticia del día luminoso en que el ave no entretejió su nido... ¿Has oído, hermano? Tocan las campanas. ¿Oyes ladrar los perros?... Y en la tierra, como antes, hambre, barbarie, muerte, canibalismo. ¡Se me oprime el corazón, hermano!"

Ladraban abajo del túmulo, en los caseríos, los perros. La noche se había vuelto azul y fría. El príncipe Konstantin se acuclilló, apoyándose en el bastón, pero de inmediato se levantó.

—Es ya tarde, hace frío. ¡Vámonos! Se me encoge el corazón. Yo no creo en nada. Bestias... ¿Qué somos? ¿Qué significan nuestros sentimientos cuando en torno a nosotros todo es barbarie? ¡Qué soledad! ¡Me siento solo, hermano! Ya no le somos útiles a nadie. Nuestros antepasados, no hace mucho, mandaban azotar a los hombres en las cuadras, se hacían llevar a las vírgenes al lecho antes de la noche nupcial... ¡Los maldigo! ¡Bestias!... ¡Ibn-Sadif!... —y el príncipe terminó emitiendo un grito sordo, gutural y salvaje—: ¡Mil años! Me iré a Moscú... posiblemente a pie.

—Konstantin, soy tan fuerte como un oso —dijo en voz baja Viliachov—, no quería sino romper, destrozar, hacer pedazos todo... sin embargo, llegaron y dispusieron de mí como si fuera un niño.

Dejaron atrás el pequeño túmulo. Caminaron por la colina. La tierra, fecunda, hinchada, se mezclaba con el hielo, se prendía al calzado, dificultaba el paso. En la oscuridad chillaron los gansos que se habían ya retirado a dormir. En el prado se veía sólo una niebla azulenca. Entraron al pueblo; el pueblo estaba silencioso, tras una barda ladraba un perro. Caminaron sin hacer ruido.

—En cada casa encuentras tifo y barbarie —dijo Konstantin, y calló, prestando oídos a algo.

Más allá de las isbas, en un callejón del pueblo, las muchachas cantaban el himno religioso de la Anunciación. La música sonaba en aquella noche de primavera de manera solemne, sencilla y sabia. Y tal vez ambos hermanos intuyeron que aquel himno religioso era necesario, como era necesaria la primavera, con sus principios de vida

Permanecieron largo rato en silencio, moviendo apenas los pies ateridos por la humedad. Ambos pensaron que, a pesar de todo, en las venas del hombre corría sangre generosa.

—Es bueno, es triste. Esto no morirá —dijo Viliachov—. Viene de muy lejos, tiene varios siglos detrás.

—Es una maravilla, lo es; extrañamente, pavorosamente hermoso —contestó como un eco el príncipe Konstantin.

Por una esquina aparecieron las jóvenes, vestidas con camisas de vivos colores; pasaron ordenadamente en parejas, con paso lento; cantaban:

¡Santa María,
Madre de Dios!
Bendita eres entre todas las mujeres
El Señor es contigo...

Se sentía el olor de la tierra mojada, fecundada. Las muchachas caminaban con paso lento. Los hermanos permanecieron largo rato en la misma posición, luego siguieron su camino sin emitir palabra. Cantaban los gallos en la medianoche. Detrás de la colina se elevó la última luna anterior a la Pascua, e hizo caer sombras profundas. La isba estaba oscura, húmeda y fría como el día de la muerte de Natalia, cuando tocaron todo el tiempo a la puerta. Los hermanos se retiraron cada uno a una habitación, de prisa, sin decir palabra, sin encender una vela. Konstantin se tendió en la cama de Natalia.

Al amanecer, despertó Viliachov.

—Me voy, adiós. Es el fin... Me voy, me largaré de Rusia, de Europa. A nuestros padres los llamaban los rapaces. Lanzaban sus perros contra los lobos, los hombres, las liebres. ¡Qué tristeza! ¡Ibn-Sadif!

Konstantin encendió una vela y la puso sobre la mesa, atravesó la habitación y en ese momento Viliachov se quedó aterrado: en la pared blanqueada con cal, a través de la luz azul de la mañana, se reflejaba la sombra azul del hermano, tan azul como si hubiera derramado pintura de ese color sobre el muro, y ahí, su hermano, el príncipe Konstantin, apareció como un cadáver.

CAOBA

I

Mendigos, visionarios, indigentes, peregrinos, plañideras, santones, lisiados, adivinos, profetas, imbéciles, dementes, mentecatos, "inocentes", todos ellos formaban las variantes necesarias a la vida cotidiana de la Santa Rusia; mendigos errabundos sobre la piel de la Santa Tierra Rusa; visionarios, peregrinos y pobres por el amor a Cristo, mentecatos e "inocentes" por el amor al Cristo de la Santa Rusia; tales especies han condimentado la vida de Rusia desde sus orígenes, desde los tiempos del primer zar Iván y han engalanado un milenio de vida rusa. Historiadores, etnólogos y escritores han derramado ríos de tinta en su descripción. Estos videntes, beatos y profetas —ya fueran realmente enajenados o se tratara de farsantes— eran considerados como un ornamento necesario a la Iglesia, formaban una fraternidad destinada a Cristo, rezaban por la salvación del mundo y tanto la historia como la literatura les reconoce ese carácter. Hacia la segunda mitad del siglo XIX vivió en Moscú un "inocente" famoso, un tal Iván Jakovlevich, quien había estudiado en la Academia Teológica sin llegar a terminar los cursos, que murió en el hospital de la Transfiguración. Periodistas, poetas e historiadores escribieron sobre sus funerales. Un poeta celebró en *Novedades de Moscú:*

¿Qué victoria celebra el lazareto?
El pueblo acude en oleaje tumultuoso...
Coches y carrozas, calesas y peatones.
¡Corazones henchidos de fúnebre pesar!
Y en el tumulto se escucha una confusa
voz que declara, vencida de dolor:
¡Se nos ha ido, nuestro profeta ha muerto,
digno de mejor suerte, incomprendido,
oh, gran Iván Jakovlevich...!

En sus bosquejos de Moscú, Skavrovski cuenta cómo durante los cinco días en que los restos mortales de Iván Jakovlevich estuvieron expuestos al público se celebraron más de doscientas ceremonias fúnebres. Mucha gente pernoctó en los alrededores de la iglesia. N. Barkov, autor de un ensayo titulado *Veintiséis falsos profetas, falsos inocentes, imbéciles y trastornados moscovitas,* testigo ocular de las exequias, cuenta que se decidieron a enterrar el cuerpo de Iván Jakovlevich el domingo, "siguiendo las recomendaciones de la policía". Ese día sus admiradores habían afluido desde la madrugada, sólo que la sepultura estuvo a punto de no tener lugar debido a las discusiones que surgieron sobre el sitio del entierro. Los dolientes llegaron casi a los golpes, los improperios no faltaron; el altercado alcanzó dimensiones de tumulto. Algunos querían transportar el féretro a Smolensk, ciudad natal del difunto; otros trataban de imponer la decisión de que se le enterrara en el monasterio de Pokrovski, donde ya habían cavado la fosa en el interior de una capilla; otros insistían, dejando vía libre a su propia emoción, en que el féretro fuera cedido al convento de las monjas de Alekseiev, y, en fin, no faltaron quienes, abrazados al ataúd, se lo quisieron llevar al pueblo de Cherkisovo. Se temía que el cuerpo fuera hurtado durante el tumulto. El historiador escribe:

> Durante todo aquel tiempo había llovido y se habían formado cenagales horribles. No obstante eso, mientras el ataúd era conducido de la habitación a la capilla y de la capilla a la iglesia y más tarde al cementerio, muchas mujeres, niñas, señoritas en crinolinas, caían de rodillas o se arrojaban al suelo bajo el féretro.

En vida, Iván Jakovlevich no retenía los excrementos.

> Le escurrían bajo la sotana —escribe el historiador— y sus guardianes tenían órdenes de derramar arena en el pavimento. Precisamente esa arena, bañada con la orina de Iván Jacovlevich, era recogida y llevada a las casas de sus admiradoras. Esa arena tenía propiedades curativas. Cuando algún niño enfermaba del estómago, la madre le proporcionaba media cucharadita dentro de la papilla y el niño sanaba. El algodón con que habían taponeado las fosas nasales y las orejas del difunto fue dividido en mínimas fragmentos y distribuido entre los creyentes después de los servicios fúnebres. Muchos se acercaban al féretro con frasquitos para recoger el líquido que escurría de la caja, ya que el difunto había muerto de hidropesía. El camison en que había expirado fue despedazado ávidamente. Durante el transporte de la iglesia al atrio se acercó una multitud de seres deformes, idiotas, beatos, peregrinos y vagabundos. No habían podido entrar a la iglesia por falta de espacio y habían permanecido afuera, en las calles. Y aquí y allá, en pleno día, en medio de la muítitud, se predicaba al pueblo, se revelaban apariciones y visiones, se profetizaba, se maldecía, se recogía dinero, se dejaban oír bramidos siniestros.

Durante los últimos años, Iván Jakovlevich solía ordenar a sus admiradores que bebieran el agua con que se había bañado. Hacía profecías a viva voz y las escribía. Algunas fueron conservadas en archivos de historia. Le escribían para preguntarle: "¿Se casará fulano?", y él respondía: "Sin almuerzos no bendigo, bendeciré el lazo al cuello sin almuerzos..."

El Kitai-gorod6 de Moscú era el queso en que pululaban los gusanos de la "inocencia". Algunos "inocentes" escribían versos, otros imitaban el canto del gallo, del pavo real o del pinzón, o bien cubrían a todos de insultos en nombre del Señor. Otros solían decir únicamente una frase que los fieles inmediatamente consideraban profética, por ejemplo: "La virtud es una noticia, la casa es una carroza, viaja sin sobresaltos." Había quienes amaban el ladrido de los perros y profetizaban, ladrando, la voluntad divina. Aquella congregación de desarrapados, limosneros, clarividentes, versificadores ambulantes, plañideras y beatos, lisiados de toda la Santa Rusia, comprendía a campesinos y burgueses, nobles y comerciantes, niños y viejos, hombrazos robustos y mujeres prolíficas. Los uniformaba el delirio. Todos ellos vivían a la sombra de la paz bulbiforme y azul del asiático imperio ruso, extraían su amargura del queso y la cebolla, ya que las cúpulas en forma de cebolla que coronaban las iglesias, son, con toda seguridad, el símbolo de la cebollesca vida rusa.

...En Moscú, en Petrogrado y en algunas otras grandes ciudades de Rusia existen otros tipos originales. Su genealogía se remonta a los emperadores no a los zares. En los tiempos de Isabel floreció el arte del mueble ruso, que tuvo sus inicios bajo Pedro el Grande. Este arte de los siervos de la gleba no tiene una historia escrita, los nombres de sus maestros han sido borrados por el tiempo. Floreció por obra de unos cuantos solitarios en los sótanos de la ciudad y del campo... en tabucos situados detrás de las habitaciones de los siervos. Este arte vivió en la amargura del vodka y la brutalidad. Jacob y Boulle7 no fueron sus maestros. Siervos adolescentes eran enviados a Moscú, a Petersburgo, a París y a Viena, y allí aprendían el oficio. Regresaban después de París a enterrarse en los sótanos de Petersburgo, o de Petersburgo volvían al campo, a los tugurios de los siervos y allí creaban. Algunas veces un artesano empleaba decenas de años para tallar un canapé o un armario, o un librero de caoba. Trabajaba, bebía y moría, dejando su propio arte como herencia a algún sobrino, ya que no se le permitía al maestro tener hijos propios. Y aquel sobrino se ponía a copiar el arte de su tío. El artífice moría, pero los objetos vivían aún un siglo más en los palacios del campo o de la ciudad, y, en medio de ellos, se amaba, en los canapés se moría, en ciertos cajones de los armarios se escondía una correspondencia secreta, las jóvenes casaderas examinaban en los espejos de sus tocadores su propia juventud; las viejas, su vejez. Isabel, Catalina, rococó, barroco, bronces, guirnaldas, palisandro, palo de rosa, ébano, maderas de Carelia, nogal de Persia. Pablo es severo, Pablo es Gran Maestro de la Orden de Malta; con él tenemos líneas de soldado, un sobrio reposo, una caoba oscurecida a fuerza de tallarla, terciopelos verdes, leones y grifos negros. Con Alejandro encontramos el estilo imperio, el clasicismo, la Hélade. Nicolás I, otro Pablo, se siente aplastado por la suntuosidad de su hermano Alejandro. Así, cada época imprime su huella a la caoba. En 1861 es abolida la servidumbre. Los maestros-esclavos son sustituidos por las fábricas de muebles. Levinson, Thonet, mueblería vienesa. Pero los sobrinos de los maestros artesanos logran vivir aún gracias al vodka. Ya no construyen, se conforman con reparar las antiguallas; han asimilado todas las costumbres y tradiciones de sus tíos. Se les ve siempre con un humor melancólico y taciturno. Se enorgullecen de sus obras igual que los filósofos y las aman como los poetas a las suyas. Continúan viviendo en el subsuelo. A un maestro de esta especie no se le puede mandar a la fábrica de muebles, como tampoco se le puede convencer de que repare un objeto posterior al periodo de Nicolás I. Ese individuo es anticuario y restaurador. En el desván de una casa moscovita o en el tapanco de una propiedad rural salvada del incendio encontrará una mesa, un espejo, un diván, de los

tiempos de Isabel, de Alejandro, de Pablo, y con aquello se encerrará durante meses enteros en el sótano. Fumará, meditará, lo medirá a ojo de buen cubero para recuperar la vida de las cosas muertas. Amará aquel objeto. Tal vez encuentre un atado de cartas amarillentas en el cajón secreto de un armario. Es restaurador, contempla el pasado, el tiempo detenido en las cosas. Inevitablemente es un excéntrico y venderá con procedimientos excéntricos el objeto reparado a un coleccionista igualmente maniático, con el cual, al concluir el trato comercial, beberá un coñac que ha pasado de la botella a una garrafa del periodo de Isabel, en copas de cristal cortado que pertenecieron en otra época a un servicio imperial.

II

La ciudad es una Brujas rusa, una Kamakura rusa. Hace trescientos años fue asesinado en ella el último zarevich de la dinastía de los Riurik. El día del asesinato, el zarevich había jugado con los hijos del boyardo Tuchkov, cuya familia aún existe en la ciudad, de la misma manera que existen todavía los monasterios y algunos linajes menos ilustres... Antigüedades rusas, provincia rusa, curso superior del Volga, bosques, pantanos, aldeas, conventos, grandes fincas, una serie de ciudades: Tver, Uglich, Iaroslav, Rostov, Veliki.

La ciudad es la Brujas monástica de los principados rusos venidos a menos, ciudad de callejones donde crece la manzanilla, de monumentos de piedra erigidos en recuerdo de los desastres y los siglos. Está situada a doscientas verstas de Moscú y a cincuenta del ferrocarril.

Se encuentran ahí ruinas de casas de campo y muebles de caoba. El director del museo pasea por la ciudad con sombrero de copa, levita, pantalones a cuadros y lleva chalecos semejantes a los de Pushkin; en los bolsillos de la levita lleva las llaves del museo y de los monasterios a su cargo. Toma su té en la fonda, en cambio el vodka lo bebe a solas, preferentemente en un confesionario. Ha almacenado en su casa biblias, iconos, mitras, capas de archimandrita, estolas, guanteletes, túnicas, casullas, velos, patenas y manteles de altar de los siglos XIII, XV y XVII. Tiene también en su estudio muebles de caoba que pertenecieron a la familia Karazin, tiene en su escritorio un cenicero en forma de gorro de la nobleza, con el borde rojo y el fondo blanco.

Viacheslav Pavlovich Karazin había sido un *barin*, un señor que en sus tiempos había servido al cuerpo de caballeros de la guardia y había sido pensionado unos veinticinco años antes de la revolución debido a su honestidad. Un colega suyo se había declarado culpable de peculado y Karazin fue comisionado para realizar las investigaciones. Había referido la verdad en un informe al alto mando militar, pero las autoridades decidieron guardar silencio sobre el hecho, y el señor Karazin, sin poder tolerar esa situación presentó su dimisión en un segundo informe y se retiró a sus propiedades en el campo. Una vez a la semana iba a hacer sus compras a la capital del distrito, viajando en una carroza con dos lacayos. Con un gesto de la mano enguantada le ordenaba al dependiente que le sirviera una libra de caviar, las tres cuartas partes de un gran esturión ahumado y unos trozos de salmón; uno de los lacayos pagaba, el otro tomaba los paquetes; un día un comerciante le tendió la mano al

señor Karazin, pero éste no la aceptó, explicando su rechazo con un seco: "¡Sólo esto me faltaba!" Karazin, el señor, usaba el gorro del uniforme de la nobleza y un abrigo militar de la época de Nicolás I; la revolución lo había obligado a trasladarse del campo a la ciudad, pero le permitía usar gorro y abrigo militares, y ahora él tomaba su sitio en las "colas" con la cabeza cubierta por aquel gorro y acompañado no ya por los lacayos sino por su mujer.

El señor Karazin se ganaba la vida con la venta de sus objetos antiguos; para realizar esos negocios con frecuencia se entrevistaba con el director del museo; en casa de éste reconocía objetos que le habían sido incautados por órdenes de la revolución y los contemplaba con indiferencia despectiva. Pero un día vio en el escritorio un cenicero que tenía la forma de un gorro de la nobleza.

—¡Quítelo de ahí! —dijo bruscamente.

—¿Por qué? —preguntó el director.

—El gorro de un noble ruso no debe servir de escupidera a un cualquiera —respondió el señor Karazin.

Los dos conocedores de antigüedades se disgustaron. Karazin, el señor, salió de allí indignado. No volvió a poner un pie en casa del director del museo.

En la ciudad vivía un carpintero, que recordaba con gratitud a Karazin, como patrón. De muy joven había vivido y servido en su casa; un día Karazin lo había castigado por su lentitud con un puñetazo que le hizo perder siete dientes.

La ciudad vivía inmersa en un silencio inmóvil e impenetrable; dos veces al día soltaba un alarido de tedio con las sirenas de sus barcos y el tañido de sus antiguas campanas: hasta 1928, porque en ese año muchas campanas fueron decomisadas y entregadas al trust metalúrgico. Retiradas de los campanarios por medio de poleas, palos y cables, las campanas eran descolgadas para luego caer al suelo. Mientras eran arrancadas de sus habituales asideros, cantaban un lamento secular y somnoliento y aquel llanto dominaba a la secularmente somnolienta ciudad. Caían con un rugido en un grito de aflicción, hundiéndose hasta metro y medio en el suelo.

Precisamente en los días a los que me refiero, la ciudad gemía con la voz de aquellas antiguas campanas.

El documento más útil en toda la ciudad era la libreta sindical. En las tiendas había dos colas, una para quienes poseían la libreta y otra para los que estaban desprovistos de ella; las barcas para pasear por el Volga costaban diez copeicas para los inscritos en el sindicato y cuarenta para "los otros". Las entradas en el cinematógrafo costaban veinticinco, cuarenta y sesenta copeicas para "los otros", pero para los inscritos: cinco, diez y quince. En los casos en que se poseía esa libreta se la colocaba en el sitio de honor, junto a la tarjeta para el pan. Entre paréntesis, la tarjeta para el pan, y por consiguiente también el pan, se entregaba solamente a quienes tuvieran derecho al voto, a razón de cuatrocientos gramos

diarios por cabeza. Los que no tenían derecho a votar y sus hijos, no tenían acceso al pan. El cine era una caballeriza caldeada en invierno con vapor, al fondo de los jardines del sindicato; carecía de campanas. Las llamadas partían de la central eléctrica y se oían en toda la ciudad; primera llamada: terminar de tomar el té; segunda llamada: vestirse y salir.

La central trabajaba hasta la una, pero en ocasión de algún onomástico, de "bautizos" comunistas y otros festejos semejantes en casa del presidente del comité ejecutivo, del presidente del complejo industrial o de otras autoridades, la luz eléctrica no se apagaba en toda la noche, por lo cual el resto de la población hacía coincidir sus propias festividades con aquellos eventos.

Un día, en el cine, el encargado de la Sección de Comercio Interior, un tal Saz, o tal vez Kaz, en estado de absoluta sobriedad tropezó por descuido, sí, únicamente por distracción, con la mujer del presidente del Comité Ejecutivo. Ésta, le dijo con desprecio:

—¿No sabe usted que soy la Kuvarzina?

Saz, que ignoraba el prestigio de aquel apellido, se excusó asombrado y después, debido a aquel asombro no disimulado, fue expulsado del distrito.

Las autoridades de la ciudad vivían en un grupo cerrado, apartado del resto, sospechoso, debido a la desconfianza innata de la población. Habían sustituido la política por el compradrazgo y cada año se reelegían entre sí, intercambiándose los cargos del distrito, según las diversas maniobras que permite el compadrazgo, y. sobre todo, siguiendo el principio de que se debe durar poco en un puesto para durar mucho en la administración, o sea "el que la acorta, la alarga", como dice la fábula de Krylov.

En los asuntos económicos regía el mismo sistema de compadrazgo. La economía estaba representada por el complejo industrial (inaugurado el año en que Iván Ochogov —protagonista de nuestro relato— se retiró voluntariamente a vivir entre los locos). Eran miembros del complejo, el presidente del Comité Ejecutivo Kuvarzin (marido de la famosa Kuvarzina) y el encargado del Comité de Inspección de Obreros y Campesinos, Presnuchin. El complejo estaba presidido por Nedogusov.

Su labor administrativa consistía en un lento despilfarro de las riquezas acumuladas antes de la revolución, hecho con desparpajo y en bastante buena armonía. La producción de mantequilla se llevaba a cabo con pérdidas, así como también con pérdidas trabajaba el aserradero. La curtiduría, si bien es cierto que no trabajaba con pérdidas, también lo es que no producía beneficios ni tomaba en consideración la amortización del capital. En pleno invierno, bajo la nieve, a una distancia de cincuenta verstas, empleando cuarenta y cinco caballos y a la mitad de la población del distrito, fue arrastrada hasta la curtiduría una nueva caldera. La transportaron para poco después abandonarla; no era la apropiada; consignaron su costo en el renglón de beneficios y pérdidas. Entonces adquirieron una máquina para desmenuzar la corteza de los árboles que también fue abandonada porque resultó insatisfactoria. La anotaron también en la sección de beneficios y pérdidas. Más tarde, se obtuvo para la trituración de la corteza una máquina desmenuzadora de forrajes

que nunca pudo usarse ya que la corteza es diferente de la paja, y también su costo fue registrado.

Con el propósito de mejorar la vida de los obreros se realizaron algunos trabajos de construcción; se compró una casa de madera de dos pisos, que fue transportada a la curtiduría y aserrada para aprovechar la leña, ya que la madera había resultado podrida. Se descubrió que no tenía sino trece vigas sanas. Con la suma de nueve mil rublos se construyó una casa, cuya edificación terminó precisamente cuando cerraban la curtiduría: no arrojaba pérdidas como las otras empresas pero tampoco proporcionaba utilidades. Y por tal motivo la casa nunca fue habitada.

El complejo cubría sus propias pérdidas vendiendo la maquinaria de empresas que habían dejado de funcionar aun antes de la revolución, o, si no, procedía de la siguiente manera: Kuvarzin presidente le vendía leña a Kuvarzin miembro al precio establecido por las autoridades más un descuento del cincuenta por ciento, por la cantidad de veinticinco mil rublos. Kuvarzin miembro volvía a vender aquella leña a la población, y en especial a Kuvarzin presidente por una suma de cincuenta mil rublos, al precio igualmente establecido por las autoridades pero sin descuento.

En 1927 el Consejo Administrativo decidió recubrirse de laureles y regalarle una cartera a Kuvarzin. El dinero para la compra de esa cartera se tomó de los fondos de la caja, y luego se recurrió a la población con una suscripción para obtener ese dinero. Las autoridades no ofrecen ningún interés a los fines de este relato, debido al carácter restringido y cerrado de sus intereses y su vida, ocultos al resto de la población.

El alcohol que se vendía en las ciudades era de dos clases: vodka y vino de mesa; no se conseguía otra cosa. El consumo de vodka era abundante, el de vino, aunque menor, de todos modos considerable por las necesidades del rito ortodoxo.

Se vendían cigarrillos de dos clases: Puchka (cañones) a once copeicas la cajetilla y Box a catorce; no se conseguían otras marcas. Tanto para los cigarrillos como para el vodka existía la cola sindical y la cola no sindical. Dos veces al día llegaban los barcos en los que se podían comprar los cigarrillos Safo, vino de Oporto y aguardiente de frutas, pero los fumadores de Safo eran evidentemente tipos manirrotos, ya que la ciudad no se podía vanagloriar de poseer comercio privado y los Safo no estaban previstos en los balances. La ciudad contaba con perder la designación de cabecera administrativa del distrito; vivía de sus huertos y de la asistencia mutua.

Junto al puente Skudrin se hallaba la casa de los Skudrin. Vivía en ella Jakov Karpovich Skudrin, hombre de alrededor de ochenta y cinco años, representante elegido por los campesinos para el despacho de sus asuntos. En la misma ciudad, pero no con él, vivían dos hermanas suyas, mucho más jóvenes, Capitolina y Rimma, y su hermano loco, Iván, quien había adoptado el apellido de Ochogov. En seguida vamos a hablar de ellos.

Jakov Karpovich padecía de una herna desde hacía cuarenta años y al caminar se la sostenía con la mano derecha a través de una ranura abierta en los pantalones. Tenía las

manos hinchadas y verdosas. Una de sus costumbres consistía en salar abundantemente el pan con un salero común para luego, parsimoniosamente, hacer volver parte de la sal derramada al mismo salero. En los últimos treinta años, Jakov Karpovich había olvidado en qué consiste el sueño normal. Se despertaba por las noches y velaba leyendo la Biblia hasta el amanecer; después volvía a dormir hasta el medio día, pero a esa hora asistía siempre a la biblioteca a leer los periódicos: no los vendían en la ciudad, faltaba dinero para comprar los abonos, por lo que los periódicos se leían en la sala de lectura pública. Jakov Karpovich era obeso, el poco pelo que le quedaba era del todo blanco, le lloraban los ojos, jadeaba y carraspeaba largo rato mientras se preparaba a hablar.

La casa de los Skudrin había pertenecido en otra época al propietario Veriski, quien se arruinó a consecuencia de la emancipación de los siervos; era entonces juez de paz, cargo electivo. Jakov Karpovich, después de haber terminado el servicio militar en tiempos anteriores a la reforma que liberó a los siervos, se hizo emplear en el despacho de Veriski como escribano; allí aprendió el arte, propio del juez, de engatusar al prójimo y terminó comprándole a su empleador la casa y el cargo cuando aquél se arruinó. La casa permanecía intacta desde los tiempos de Catalina II, en siglo y medio de existencia había oscurecido igual que su caoba y los vidrios habían adquirido un tinte verdoso. Jakov Karpovich recordaba los tiempos de la servidumbre. Recordaba todo, hasta al amo de su aldea cuando aún existían los siervos de la gleba; recordaba el reclutamiento en Sebastopol; recordaba los nombres, patronímicos y apellidos de todos los ministros rusos de los últimos cincuenta años así como los de los comisarios del pueblo, de todos los embajadores ante la corte imperial rusa, de los miembros del Comité Central soviético, de todos los ministros de las grandes potencias, de todos los reyes, emperadores y papas. El viejo había perdido la cuenta de sus años y decía:

—He sobrevivido a Nicolás, a Alejandro, a Alejandro Alejandrovich, a Nicolás Alejandrovich, a Vladimir Ilich... También sobreviviré a Alexei lvanovich.8

El viejo tenía una sonrisa innoble, servil y maligna a la vez; sus ojos blancuzcos lagrimeaban cuando sonreía. Era de carácter violento, igual que sus hijos. El mayor, Aleksander, fue enviado en una ocasión, aún antes de 1905, con una carta urgente a la agencia de barcos fluviales; cuando llegó, el barco ya había salido y recibió del padre una violenta bofetada acompañada de estas palabras:

—¡Fuera de aquí, sinvergiienza!

Aquella bofetada fue la gota de agua que derramó el vaso; el muchacho, que tenía entonces catorce años, se dio la media vuelta, salió de casa y no regresó a ella sino seis años más tarde, cuando era ya estudiante en la Academia de Bellas Artes. Durante ese tiempo, el padre le escribió a su hijo una carta en la que le ordenaba regresar, amenazándolo con negarle la bendición paterna y con maldecirlo para siempre. En la misma carta, poco más abajo de la firma del padre, el hijo añadió: "¡Al diablo tu bendición!", y le devolvió la carta al padre. Cuando seis años después de haberse marchado, un soleado día de primavera, Aleksander entró en el salón, el padre le salió al encuentro con una sonrisa de alegría y con la mano en alto para golpearlo; el hijo sonrió alegremente y agarró al padre por la muñeca;

sonreía aún, y aquella sonrisa traslucía alegremente su fuerza; con una ligera presión, el hijo obligó al padre a sentarse en un sillón al lado de la mesa y luego le dijo:

—¿Qué tal, papá? No te pongas nervioso. ¡Siéntate papá!

El viejo padre comenzó a gimotear, a reírse a carcajadas, a bufar; su cara se animó con una expresión de bondad maligna; le gritó a su mujer:

—¡Máchenka!... ¡sí...! ¡ja, ja, ja!... ¡Tráenos un poco de vodka, un poco de vodka, querida, de la del sótano, bien fría, y también algo de comer! ¡Cómo ha crecido nuestro hijo, cómo ha crecido..! Ha vuelto para nuestra desgracia... ¡el muy hijo de perra!

Sus hijos se habían convertido: uno en pintor, otro en sacerdote; otro era actor y bailarín, otro médico y el más joven, ingeniero. Los dos hermanos menores tenían el mismo carácter que su padre y el hermano mayor; como éste, también ellos habían abandonado la casa, y el menor, el ingeniero Akim Jakovlevich, era comunista. Akim nunca más quiso volver a casa, y cuando hacía alguna breve aparición en su ciudad natal se hospedaba con sus tías Capitolina y Rimma. En 1928, Jakov Karpovich tenía ya nietos casados, en tanto que su hija, la más joven de todos, tenía apenas veinte años. Era la única hija y, en medio de la tormenta revolucionaria, no había recibido ninguna instrucción.

Además del viejo, vivían en aquella casa su mujer, María Klimovna, y su hija, Catalina. Durante el invierno, la mitad de la casa y todas las habitaciones del piso superior no se calentaban. La vida en aquella casa correspondía a una época muy anterior a Catalina II y tal vez al mismo Pedro el Grande, no obstante la presencia silenciosa de la caoba de tiempos de Catalina. Los viejos sobrevivían con lo que el huerto producía. En cuanto a productos fabricados, los únicos que entraban en esa casa eran los cerillos, el petróleo, la sal, y sólo el padre tenía derecho a disponer de ellos. De la primavera al otoño, María Klimovna, el viejo y Catalina trabajaban en el cultivo de coles, remolachas, nabos, pepinos y orozuz, que empleaban en vez de azúcar.

En verano, al amanecer, se podía encontrar al viejo con la ropa de noche, descalzo, la mano derecha en la apertura del camisón y con un bastón en la izquierda, pastoreando a las vacas a orillas de la ciudad, entre la niebla y el rocío. En invierno, el viejo encendía la lámpara únicamente en las horas que permanecía despierto; durante las otras la madre y la hija permanecían a oscuras. El viejo iba a mediodía a leer los periódicos y a nutrirse de nombres y noticias de la revolución comunista. Catalina se sentaba entonces al clavicordio para practicar los cantos religiosos de Kastalski; cantaba en el coro de la iglesia. El viejo volvía a casa al anochecer, cenaba y se acostaba. La casa se sumía en el murmullo de las mujeres en la oscuridad. Catalina iba entonces a los ensayos de canto en la catedral. El padre despertaba hacia la medianoche, encendía la luz, comía y se concentraba en la Biblia, recitando páginas de memoria en voz alta. A eso de las seis el viejo se volvía a dormir. Había perdido la noción del tiempo y cesado de temer a la muerte, así como había olvidado temer a la vida. Madre e hija callaban en su presencia. La madre, preparaba tortillas de harina y sopas de col, horneaba empanadas de carne, hacía hervir o fermentar la leche, preparaba el pollo en gela tina (y escondía los huesos para que jugaran sus nietos), o sea

hacía exactamente la misma vida de los rusos del siglo XV o XVII. María Klimovna, esa ancianita reseca y consumida, era una mujer admirable, como se las encuentra todavía en los pueblos rusos junto a los antiguos iconos de la madre de Dios. La había forjado la dura voluntad del marido, el cual cincuenta años antes, al día siguiente de su boda, cuando la vio ataviada con un vestido de terciopelo carmesí, le preguntó:

—¿Qué es esto? —ella por el momento no comprendió la pregunta—. ¿Qué es esto? —había repetido el marido—. ¡Quítatelo! Yo te he visto también sin vestidos elegantes y los demás no tienen ninguna necesidad de admirarte.

Con el pulgar ensalivado, produciéndole dolor, el marido le había enseñado a su mujer cómo debía de peinarse el cabello hacia las sienes. La dura voluntad del marido que la había obligado a guardar para siempre en el baúl el vestido de terciopelo y la había desterrado a la cocina, ¿había hecho desaparecer la voluntad de la mujer, o bien, por el contrario, la había sólo templado? La mujer siguió siendo todo el tiempo obediente, digna, taciturna, triste, sin ser jamás hipócrita. Su mundo no excedía las puertas de su casa, más allá de las cuales sólo se abría un camino, el de la iglesia, el de la tumba. Cantaba con su hija los salmos de Kastalski, tenía sesenta y nueve años. En esa casa se había detenido la Rusia anterior a Pedro el Grande. Por las noches, el viejo recitaba de memoria la Biblia, y había desde hacía mucho tiempo dejado de temer a la vida. Muy rara vez, con intervalos de meses, en las horas silenciosas de la noche, el viejo iba hacia el lecho de su esposa y entonces susurraba:

—¡Máchenka...! ¡Oye!... ¡ejem!... Sí... ¡ejem!... ¡Máchenka, es la vida! ¡Máchenka...!

Llevaba una vela en la mano; sus ojos lloraban y reían; le temblaban las manos.

—¡Máchenka!... aquí me tienes... ¡ejem!... sí, Máchenka... ¡ejem!

María Klimovna se santiguaba.

—¡Avergüénzate, por el amor de dios, Jakov Karpovich...! ¡Avergüénzate!

Jakov Karpovich apagaba la luz.

Su hija Catalina tenía ojos pequeños, amarillentos, que parecian estar fijos y suspendidos en un sueño eterno. Alrededor de sus párpados inflamados reventaba durante todo el año una piel cuajada de granos y espinillas. Tenía brazos y manos que parecían de madera y unos senos inmensos como las ubres de una vaca suiza.

Sí, aquella ciudad era una Brujas rusa, una Kamakura. Vamos a conocer algo de lo que allí ocurría.

III

A Moscú lo caracteriza el estruendo de sus camiones, de las obras en construcción, de todo lo que allí se inicia o se concluye. Los automóviles corren a toda velocidad entre casas que se elevan cada vez más. Los carteles anuncian la edición estatal de las obras de Gorki y las nuevas películas y congresos. Los ruidos de los tranvías, de los autobuses y de los taxis proclaman que aquélla es y será durante mucho tiempo la capital.

Un tren dejó Moscú en medio de una noche negra como el hollín. La fiebre de luces y ruidos moscovitas comenzó poco a poco a morir hasta desaparecer por completo. Los campos desprendían un negro silencio y ese silencio se apoderó del ferrocarril. En un compartimiento doble de primera clase viajaban dos personas... Los hermanos Bezdetov, Pavel Fiodorovich y Stepan Fiodorovich, restauradores y especialistas en caoba. Ambos tenían un aspecto extraño, vestían como los comerciantes de los tiempos de Ostrovski, con gabanes anticuados, de cintura estrecha, sumamente arrugados; sus rostros, muy bien afeitados, conservaban los rasgos eslavos de Iaroslav: ambos tenían la mirada perdida y a la vez inteligente. El tren alargaba el tiempo en la negra vastedad de los campos. En los vagones olía a piel curtida y a sudor fermentado. Pavel Fiodorovich sacó de su valija una botella de coñac y un vasito de plata, lo llenó, bebió, se sirvió nuevamente y en silencio le pasó el vasito a su hermano. El hermano se lo bebió de un trago y le devolvió el recipiente. Pavel Fíodorovich volvió a guardar en la maleta tanto la botella como el vasito.

—¿Compraremos bordados de perlas? —preguntó Stepan.

—Con toda seguridad —respondió Pavel.

Transcurrió media hora en silencio. El tren, si bien alargaba el tiempo, lo reducía en las estaciones. Pavel sacó botellas y vasos, bebió, le sirvió a su hermano, volvió a guardar todo.

—¿Les vamos a ofrecer algo a las muchachas? ¿Crees que conseguiremos la porcelana? —preguntó Stepan.

—Seguramente —respondió Pavel.

Después de otra media hora de viajar en silencio, los hermanos volvieron a servirse un vaso de coñac.

—¿Conseguiremos también los famosos gobelinos rusos? —preguntó Stepan.

—Seguramente —respondió Pavel.

El tren llegó a medianoche a un pueblo a orillas del Volga, pueblo famoso en toda Rusia por la producción artesanal de calzado. El tufo a cuero se hacía cada vez más penetrante. Pavel se sirvió un último trago.

—¿Compraremos algo posterior a Alejandro? —preguntó Stepan.

—¡Por supuesto que no! —respondió con vehemencia Pavel Fiodorovich.

En la estación podían verse montañas de zapatos rusos: no se trata de una mera manera de decir sino de una descripción concreta de las calles rusas. Los artesanos olían a alquitrán. La oscuridad era tan densa como el alquitrán a que olía. Los zapateros corrían de un lado al otro de la estación; en torno a ésta, todo se hundía en el fango. En silencio, Pavel Fiodorovich contrató por cuarenta copeicas un carro rústico para ir al embarcadero. Los cocheros maldecían como sólo ellos y los zapateros saben hacerlo. De la tenebrosa inmensidad del Volga llegaban húmedas ráfagas de viento. Del otro lado del río resplandecían las luces eléctricas de los talleres de los zapateros. En el restaurante del barco un grupo de estraperlistas judíos se estaba emborrachando; encabezaba la comitiva y servía el vodka una mujer joven con abrigo de piel de mono. El grupo se retiró al sonar el tercer pitazo. El barco apagó las luces. El viento comenzó a huronear en los espacios del Volga y la humedad a infiltrarse en las cabinas. Una mujerona a cargo del *buffet* transformaba las mesas en camas mientras servía a los Bezdetov y les contaba que su amante le había robado ciento veintidós rublos. El barco acarreaba consigo el tufo a cuero de zapatos. Los pasajeros de cubierta se defendían del frío cantando canciones de bandoleros. En el gris sucio de la mañana apareció un paisaje que no era siquiera del siglo XIV sino a saber de qué era prehistórica: litorales intocados por el hombre, pinos, abetos, abedules, peñascos, arcilla, agua; el siglo XIV de la cronología europea aparecía en forma de balsas, canoas y caseríos. Alrededor del mediodía el barco atracó en esa Brujas rusa del siglo XVI o XVII: la ciudad descendía hasta el Volga con sus iglesias, fortificaciones y ruinas conservadas después del incendio de 1920 (aquel año había ardido casi la mitad del centro urbano; el fuego se había iniciado en la sede del Comité del Distrito; hubiera sido necesario apagar el incendio, pero en vez de hacerlo se inició la caza de "los burgueses", quienes fueron tomados como rehenes y encarcelados. Tal caza duró exactamente tres días, los mismos que fueron necesarios para que el incendio cesara por su propia cuenta sin la intervención de los bomberos o de la ciudadanía). Cuando los anticuarios desembarcaron volaba sobre la ciudad una nube de cornejas entontecidas y la ciudad gemía con el insólito lamento de las campanas derribadas de los campanarios. Estaba por llover.

Pavel Fiodorovich alquiló una calesa que los llevara hasta el puente Skudrin donde lo esperaba su amigo Jakov Karpovich Skudrin. Las ruedas giraron con estrépito sobre la manzanilla crecida entre el antiguo adoquinado, mientras el cochero contaba la noticia de las campanas y explicaba que mucha gente en la ciudad tenía los nervios deshechos por la continua espera de la caída y por el estruendo que después hacían al caer; lo mismo, decía, que les sucede a los cazadores inexpertos que cierran los ojos mientras esperan el disparo. Los Bezdetov encontraron a Jakov Karpovich en el patio; el viejo cortaba leña para la estufa. María Klimovna sacaba la majada del establo. Jakov Karpovich no reconoció de inmediato a los dos Bezdetov, pero una vez identificados se alegró de verlos, comenzó a sonreír, a resoplar y a jadear:

—¡Ah, los compradores! —dijo—. He estado elaborando para ustedes una teoría sobre el proletariado.

María Klimovna se inclinó profundamente ante los huéspedes; escondió las manos sucias bajo el delantal y dijo amablemente con su voz cantarina:

—¡Bienvenidos, queridos y esperados huéspedes!

Catalina, con la falda remangada hasta arriba de las rodillas, sucia de lodo, se precipitó hacia la casa para lavarse y cambiarse de ropa. Sobre los techos de las casas, espantando a nubes de cornejas, rugió una campana derribada. María Klimovna se persignó tres veces, la campana hizo un estruendo mayor que un disparo de cañón e hizo estremecer los vidrios de las ventanas que daban al patio... verdaderamente aquello era como para arruinarle los nervios al más templado.

Todos entraron en casa. María Klimovna se dirigió al samovar. Catalina salió al encuentro de los recién llegados vestida con cierta elegancia y les hizo una reverencia. El viejo se quitó los zapatos de fieltro y comenzó a caminar alrededor de los huéspedes, descalzo, zureando como un palomo. Los anticuarios se lavaron cara y manos después del viaje y se sentaron a la mesa uno al lado del otro, en silencio. Los ojos de los huéspedes tenían una expresión vacía como si pertenecieran a cadáveres. María Klimovna se informaba sobre su salud mientras iba disponiendo sobre la mesa bandejas del siglo XVII. Los huéspedes contribuyeron con una botella de coñac. En la mesa, entre risas y reiterados "¡ejem!", habló únicamente Jakov Karpovich; les decía dónde era necesario ir a buscar objetos antiguos, dónde los había descubierto para los hermanos Bezdetov.

Pavel Fiodorovich le preguntó:

—¿Sigue usted manteniéndose en sus trece? ¿Sigue decidido a no vender?

El viejo, contoneándose en la silla, después de emitir una breve carcajada, le respondió:

—No puedo, no, no puedo. Lo que es mío seguirá siendo mío; todavía podrá servirme, mientras tenga vida, sí, ¡ejem!... Sería mejor que escucharan ustedes mi teoría... ¿Quién podría afirmar que no voy a sobreviviles?

Después de la cena los recién llegados se fueron a dormir, cerraron la chirriante puerta, se echaron sobre los colchones de pluma, bebieron en silencio el coñac servido en su antiguo vaso de plata. Al anochecer los huéspedes estaban borrachos. Catalina cantó durante el día entero cánticos religiosos. Jakov Karpovich merodeaba junto a la puerta del cuarto de los huéspedes en espera de verlos salir o de oír sus voces para poder entrar a conversar con ellos. El final del día fue anunciado por las cornejas; durante todo el tiempo que duró el crepúsculo estuvieron agitadísimas, devorándolo a pedazos. Las tinieblas regaron las calles junto al agua transportada por un carro cisterna. Cuando los huéspedes salieron al fin de la habitación para tomar el té, sus ojos desmesuradamente abiertos tenían una mirada descolorida, como de asombro. Se sentaron a la mesa uno al lado del otro, en silencio. Jakov Karpovich se acomodó detrás de los huéspedes para quedar más cerca de sus oídos. Los huéspedes bebían el té, derramándolo en platitos, se servían coñac; llevaban las chaquetas desabotonadas. Un candelabro de la época de Isabel ardía junto a la mesa redonda, de caoba.

Jakcov Karpovich no cesaba de hablar, sofocado por la prisa de explicar su teoría:

—Yo he elaborado para ustedes mis reflexiones, ¡ejem!, mis reflexiones... Pronto la teoría de Marx sobre el proletariado resultará obsoleta, será olvidada porque el proletariado mismo está condenado a desaparecer; ése es precisamente el meollo de mi teoría. Por lo tanto, toda la revolución ha sido un hecho enteramente inútil, un error, ¡ejem!..., digamos, de la historia, ya que dentro de dos o tres generaciones el proletariado habrá desaparecido, sobre todo en Estados Unidos, en Inglaterra, en Alemania. Marx escribió su dichosa teoría en la época del florecimiento del trabajo manual. Hoy día el trabajo de la máquina sustituye al de los músculos. Ésa es, ¡ejem!, mi teoría. Dentro de poco junto a las máquinas sólo quedarán los ingenieros, en tanto que el proletariado desaparecerá, el proletariado se transformará por completo en un mundo de ingenieros. Ese es, ¡ejem!..., el meollo de mis reflexiones. Y los ingenieros no forman parte del proletariado, porque a medida que un hombre es más culto menos ambiciones y pretensiones tiene y por eso le resulta más sencillo vivir al mismo nivel material que los demás. Nivelar los bienes materiales para liberar el pensamiento, eso es... Los ingleses. ustedes pueden verlo, sean ricos o pobres, duermen todos los días con piyama y viven todos en apartamientos iguales, todos ellos en edificios de tres pisos, en cambio entre nosotros, en el pasado... Compárese, por ejemplo, a un comerciante con un campesino... El comerciante se engalana como un patriarca y vive en un palacio. Yo puedo salir a la calle descalzo y no por eso disminuye mi importancia. Me dirán ustedes, ¡ejem!, que siempre subsistirá la explotación. Pero yo me pregunto: ¿cómo no podría subsistir? Al campesino, que puede ser explotado porque es como una bestia, no se le puede poner al cuidado de una máquina, la arruinaría, y la máquina cuesta millones. Es demasiado costosa para que valga la pena economizar cinco copeicas sobre el salario; el hombre debe conocer la máquina, las máquinas requieren gente experta, y por ello en lugar del centenar de hombres que eran necesarios no habrá sino uno, uno solo. Y aquel hombre será conducido hasta las estrellas. ¡El proletariado desaparecerá!

Los huéspedes sorbían el té y escuchaban sin guiñar un ojo. Jakov Karpovich gruñía, gargajeaba, se empeñaba por hablar lo más de prisa posible, pero no tuvo oportunidad de desarrollar a fondo su propio pensamiento porque en cierto momento apareció Iván Karpovich, el hermano idiota que se había cambiado el apellido y que en vez de Skudrin se llamaba ahora Ochogov. Vestía con esmero la increíble colección de andrajos que llevaba encima; tenía los cabellos cuidadosamente cortados, los pies desnudos metidos en unos chanclos de invierno; hizo ante todos una reverencia respetuosa y luego se sentó a cierta distancia del grupo, en silencio. Nadie respondió a su saludo. Su rostro denotaba locura. Jakov Karpovich comenzó a arremolinarse en su silla con visible inquietud.

María Klimovna preguntó con tono desolado:

—¿Por qué se te ha ocurrido venir ahora, cuñado?

El loco respondió:

—Para ver de cerca ciertos aspectos de la contrarrevolución que me interesan, cuñada.

—¿Pero qué contrarrevolución se te ocurre que pueda haber aquí, cuñado?

—Por lo que a ti respecta, cuñada, eres contrarrevolucionaria por los usos y costumbres de tu vida cotidiana —comenzó a decir Ochogov el idiota, con tranquila locura—. Pero has llorado por mí, lo que significa que hay en ti un embrión de comunismo. En cambio mi hermano Jakov no ha llorado jamás y me arrepiento mucho de no haberlo colocado en su momento frente al pelotón de fusilamiento.

María Klimovna suspiró, meneó la cabeza y preguntó:

—¿Cómo está tu hijo?

—Mi hijo —dijo con orgullo el idiota—, mi hijo está terminando sus estudios en la universidad y no me olvida, viene a mi reino durante las vacaciones, se calienta al lado de las calderas, y yo compongo en su honor poemas revolucionarios.

—¿Y tu esposa?

—No la veo jamás. Dirige una sección femenina. ¿Saben ustedes cuántos dirigentes tenemos por cada dos obreros productivos?

—No.

—¡Siete! Dice un proverbio que con siete niñeras un niño termina sacándose un ojo. Vuestros huéspedes representan, en cambio, la contrarrevolución histórica.

Los huéspedes bebían el té con los ojos entrecerrados. Jakov Karpovich, invadido por una cólera violácea, comenzaba a parecerse a una remolacha. Dio algunos pasos en dirección a su hermano; se reía afable y untuosamente mientras se remangaba la camisa; luego se frotó las manos como si tuviera frío.

—Sabes, querido hermano —dijo Jakov Karpovich con palabras que eran como silbidos, pero sin perder la cortesía—, lo mejor será que te vayas al diablo. Te lo pido cordialmente.

—Discúlpame, querido hermano Jakov, yo no vine a verte a ti, he venido para conocer de cerca a la contrarrevolución histórica y para que conversemos —respondió Iván.

—Y yo te pido que te vayas al diablo.

—No me iré.

Pavel Fiodorovich Bezdetov movió lentamente hacia el hermano su plúmbeo ojo izquierdo y dijo:

—Nosotros no hemos venido aquí para conversar con retrasados mentales —luego, dirigiéndose al idiota: — si no te vas, le ordenaré a Stepan que te eche de aquí.

Stepan hizo un guiño de ojo igual al de su hermano, y se levantó de la silla. María Klimovna se llevó las manos a las mejillas y suspiró. Stepan Fiodorovich se levantó de mala gana y se dirigió hacia el idiota. Este se levantó con temor y retrocedió hacia la puerta. María Klimovna volvió a suspirar. Jakov Karpovich se reía a carcajadas. Stepan se detuvo en medio de la habitación, y también el idiota se detuvo en el umbral de la puerta haciendo morisquetas. Stepan dio otro paso y el idiota salió. Desde atrás de la puerta dijo con acento suplicante:

—En tal caso dadme un rublo con veinticinco copeicas para comprar un poco de vodka.

Stepan dirigió una mirada a Pavel. Pavel respondió:

—Dale lo suficiente para que se compre media botella. El idiota se marchó. María Klimovna, al acompañarlo a la calle, le puso en la mano un paquetito. Detrás de la puerta la negrura de la noche era uniforme. El idiota Ochogov caminó a lo largo de callejones oscuros hacia el Volga, pasando al lado de monasterios y terrenos abandonados, metiéndose por vericuetos que sólo él conocía. La noche era muy oscura. Iván hablaba consigo mismo, mascullando palabras incomprensibles. Descendió hacia la fábrica de ladrillos del complejo industrial, se coló por las rendijas de una empalizada y por fin desapareció en uno de los agujeros del terreno arcilloso. En el interior ardía un horno para cocer ladrilíos. Iván deambuló por los sótanos hasta llegar a la fosa de las calderas, Había allí mucho calor y mucho bochorno; a través de las fisuras de la tapa de las calderas se veía una luz roja. En el suelo yacían algunos mendigos con largas y enmarañadas cabelleras: eran los comunistas de Iván Ochogov; por un tácito acuerdo con el complejo, mantenían encendidos los hornos de la fábrica de ladrillos sin recibir ningún emolumento; todos vivían allí gratuitamente; para aquella gente el tiempo se había detenido en la época del comunismo de guerra; habían elegido como presidente al propio Iván Ochogov. En la paja, junto al tablón que servía de mesa, yacían tres hombres andrajosos, descansando. Ochogov se sentó a su lado y permaneció allí un buen rato, temblando (con un temblor igual a los estertores que produce la fiebre), calentándose; había puesto sobre la mesa el paquetito y el dinero.

—¿No han llorado? —preguntó uno de aquellos despojos.

—No, no han llorado —respondió Ochogov.

Permanecieron callados durante un buen rato.

—Hoy te toca a ti, camarada Ogniev —dijo Ochogov. Otros dos, con barba y bigotes enmarañados, cubiertos de harapos y miseria, habían penetrado al subsuelo arcilloso y se habían tirado en la paja después de poner sobre la mesa un poco de pan y algún dinero. Ogniev, un hombre de unos cuarenta años, envejecido, que estaba tendido en el rincón más caliente y más oscuro, se dirigió hacia la mesa, contó el dinero, y salió del subterráneo. Los otros habían permanecido sentados o acostados en silencio. Sólo uno de los recién llegados observó que al día siguiente, a muy temprana hora, iría a cargar un barco de leña. Ogniev regresó poco después con dos botellas de vodka. Entonces los locos se acercaron al tablón,

sacaron vasos y se sentaron en círculo. El camarada Ogniev les sirvió a todos, brindaron y luego bebieron en silencio.

—Ahora voy a hablar yo —dijo Ochogov—. Hubo unos tales hermanos Wright, quienes decidieron volar al cielo y perecieron en el intento, estrellándose contra la tierra: pero los hombres no abandonaron ese sueño; los hombres insistieron en conocer el cielo y hoy vuelan, camaradas, como los pájaros, como las águilas. El camarada Lenin murió de la misma manera que los hermanos Wright y yo fui el primer presidente del Comité Ejecutivo de nuestra ciudad. En el año 1921 todo terminó. Nosotros somos los únicos comunistas verdaderos que quedan en la ciudad y por eso el único sitio que nos queda para vivir es un sótano. Yo fui el primer comunista de este lugar y lo seguiré siendo hasta que muera. Nuestras ideas jamás perecerán. ¡Y qué grandes ideas las nuestras, camaradas! Ahora, fuera de nosotros, nadie las recuerda. ¡Somos lo mismo que los hermanos Wright!...

El camarada Ogniev les sirvió a todos una segunda ronda de vodka; luego interrumpió a Ochogov:

—Ahora voy a hablar yo, presidente. ¡Qué acciones hemos vivido! ¡Cómo se combatía! Yo mandaba un escuadrón de combatientes. Un día atravesamos un bosque; caminamos un día, una noche, otro día, otra noche. Cuando de pronto, al amanecer, oímos las ametralladoras...

Ogniev fue interrumpido por un tal Podyarov, quien le preguntó al orador:

—¿Cómo manejas tú la bayoneta? ¿Cómo pones el pulgar cuando arremetes?, ¿a un lado o derecho? ¡Déjame ver!

—Sobre la hoja, derecho —respondió Ogniev.

—Todos lo hacen así, pero déjanos ver cómo lo haces tú. Toma el cuchillo. ¡Déjanos ver cómo haces!

Ogniev tomó la lanza de zapatero con que cortaban el pan y mostró cómo ponía el pulgar sobre la hoja.

—No sabes usar la bayoneta —gritó Podyarov— cuando yo ataco no mantengo el arma así, yo corto igual que si estuviera usando una navaja. ¡Pásamela! ¡Te voy a enseñar a utilizar la bayoneta! No lo haces bien, no has aprendido...

—¡Camaradas! —dijo con voz lenta Ochogov, y su rostro estaba contrahecho por la locura y el dolor— hoy debemos hablar de ideas, de grandes ideas, no de bayonetas.

Ochogov fue interrumpido por un cuarto camarada que gritó:

—Camarada Ogniev, tú estabas en la tercera división y yo en la segunda. ¿Te acuerdas de cómo perdiste la buena ocasión para atacar cuando estabas cerca del Chinki?

—¿Que perdimos nosotros la ocasión? ¡No sé de qué me estás hablando! Fueron ustedes quienes la perdieron, no nosotros...

—Camaradas —repitió tristemente el loco Ochogov—. Debemos hablar de ideas...

A eso de la medianoche, en su refugio al lado de las calderas, dormían todos aquellos desarrapados que habían conquistado el derecho de vivir bajo tierra en los hornos de una fábrica de ladrillos. Dormían amontonados; la cabeza de uno encima de las rodillas de otro, cubiertos con sus harapos. El último en dormirse fue su presidente, Iván Ochogov, el cual permaneció tendido largo rato junto a la boca del horno con un pedazo de papel. Tendido boca abajo, con la hoja de papel colocada en el suelo, el poeta quería escribir un poema. Mojaba la punta del lápiz con saliva hasta que se le ocurría una idea. "¡Nuestra sublevación tiene alcances mundiales!", escribió y tachó. "¡Hemos encendido algo mundial!", escribió y tachó. "¡Vosotros que calentáis vuestras manos ladronas!", escribió y tachó. "¡Vosotros, imbéciles lacayos...!", escribió y tachó. Las palabras no acudían esa noche a él. Se durmió posando la cabeza sobre el cuaderno lleno de tachaduras. Allí dormían los comunistas del periodo del comunismo de guerra, desmovilizados en 1921, gentes cuyas ideas se habían detenido, locos y borrachos, gentes que en su refugio subterráneo, en el trabajo de carga y descarga de los barcos, en el corte de leña, habían creado una comunidad muy severa, un severísimo comunismo, por lo que no poseían nada propio, ni dinero ni objetos, ni esposas; bueno, la verdad es que sus mujeres los habían abandonado, habían huido de sus sueños, de su locura y del alcohol En aquel recinto subterráneo el aire era irrespirable y había mucho calor, mucha miseria.

Inmóvil y negra como la historia de aquellos lugares, la medianoche dominó la ciudad.

Esa medianoche, en la escalera del entresuelo, el más joven de los restauradores, Stepan Fiodorovich, detuvo a Catalina, le tocó la espalda, dura como la de un caballo, la recorrió con mano ebria y luego le dijo en voz baja:

—Díselo a tus... hermanas... Volveremos a festejar... Diles que busquen un lugar...

Catalina permanecía allí con docilidad absoluta, con la misma docilidad con que susurro:

—Muy bien, se los diré.

En aquel momento Jakov Karpovich, abajo, le exponía a Pavel Fiodorovich una teoría sobre la civilización. En el salón, sobre la mesa redonda, estaba colocada una fragata de cristal y bronce, hecha en tal forma que pudiera servir como un recipiente de licor. Se pretendía que cuando aquel licor llegara a una garganta humana transmitiera la sensación de que era posible zarpar en ese navío hacia un mundo fantástico. Era un bello objeto del siglo XVIII. Estaba llena de coñac. Pavel Fiodorovich permanecía sentado con aire taciturno. Jakov Karpovich daba vueltas agitadamente en torno a él con sus pasitos de palomo, sosteniéndose la hernia con la mano derecha a través del agujero hecho en sus pantalones.

—Sí, ¡ejem! —decía—. Según usted, ¿qué es lo que mueve al mundo: la civilización, la ciencia, los barcos? Dígame usted, ¿qué cosa?

—Sí, ¿qué cosa? —respondió como un eco Pavel Fiodorovich.

—Según usted, ¿qué es? ¿El trabajo? ¿Los conocimientos? ¿ El hambre? ¿El amor? No, señor, lo que alimenta a la civilización es la memoria. ¿Se imagina las escenas que podrían producirse si por la mañana los hombres descubrieran que habían perdido la memoria? ¿Que les quedaban los instintos y la razón pero no la memoria? He aquí que me levanto de la cama y me caigo al suelo porque sólo gracias a la memoria conozco el espacio y al no existir la memoria yo lo desconozco. Los pantalones están sobre la silla, hace frío y sin embargo no sé qué uso pueda tener esa prenda. No sé cómo debo caminar, si sobre las manos o a gatas. No recuerdo el día anterior, por lo mismo no temo a la muerte ya que no la conozco. Los ingenieros han olvidado todas sus matemáticas y por eso se detienen todos los tranvías y las locomotoras. Los sacerdotes no encuentran ya el camino a la iglesia y, además, no recuerdan nada sobre Jesucristo. Sí, ¡ejem!... Me han quedado los instintos, pero hasta ellos están ligados a la memoria: no sé qué debo comer, si la silla o el pan que me trajeron ayer, y cuando veo a una mujer no sé si es mi hija o mi esposa.

La fragata alcohólica sobre la mesa aclaraba con los vientos del noreste los pensamientos de Jakov Karpovich; junto a la fragata, entre la caoba del salón, había encallado desde el siglo XVIII una edición rusa de Voltaire. Más allá de las ventanas del siglo XVIII proseguía su propio curso una noche de provincia soviética.

Una hora después, la casa de Skudrin dormía tranquilamente. Entonces, en el acre silencio del dormitorio, Jakov Karpovich se acercó al lecho donde dormida yacía María Klimovna. La diminuta viejecita dormía. La vela temblaba en las manos de Jakov Karpovich. Jakov Karpovich reía con carcajadas sordas. Jakov Karpovich recorrió la espalda apergaminada de María Klimovna con ojos llorosos de voluptuosidad.

—¡Máchenka, Máchenka!... es la vida, es la vida. ¡Máchenka!

El siglo XVIII se deslizó por entre las tinieblas volterianas.

A la mañana siguiente, en la ciudad las campanas morían y aullaban hechas pedazos. Los hermanos Bezdetov habían madrugado, pero María Klimovna se había levantado aun antes que ellos para preparar empanadas calientes rellenas de hongos y cebolla y servírselas con el té. Jakov Karpovich dormía. Catalina iba de un lado a otro, somnolienta. Bebieron el té en silencio. El día comenzaba gris, se abría muy lentamente. Después del té los hermanos Bezdetov se pusieron a trabajar. Pavel Fiodorovich había formulado una lista de casas y familias que debían visitar. Las calles se extendían en el silencio del adoquín provinciano, de las bardas de piedra, de las enredaderas sobre las paredes, del sauquillo que recubría las ruinas producidas por los incendios, entre iglesias y campanarios. Cuando las campanas comenzaron sus lamentaciones en las calles reinaba un oscuro silencio, pero ese silencio, aullaba cuando las campanas rugían al caer.

Los Bezdetov entraban en las casas con aire taciturno, uno al lado del otro, y miraban en torno suyo con ojos en apariencia ciegos.

1. En la calle de la Staraia Rovstovskaia había una casa de paredes retorcidas. En ella esperaba la muerte la viuda Michkina, una anciana de más de setenta años. La casa hacía ángulo con la calle por haber sido construida antes de que en el pueblo se trazaran calles; no había sido levantada con madera aserrada sino con troncos desbastados, pues la habían edificado en una época en que los rusos no utilizaban todavía la siega y construían sólo con el hacha, es decir antes de la época de Pedro el Grande. En aquellos tiempos era considerada como una casa de boyardos. Allí se conservaba, desde entonces, una estufa de baldosas que se elevaba sobre un gran banco recubierto como la estufa de mayólica. Los mosaicos estaban decorados con motivos de ovejas y boyardos y recubiertos de ocre y esmalte.

Los Bezdetov entraron por la puerta sin tocar. La anciana estaba sentada en un promontorio de tierra delante de una artesa redonda donde un cerdo comía ortigas remojadas en agua caliente. Los Bezdetov le hicieron una reverencia a la anciana y se sentaron en silencio a su lado. La anciana respondió confusamente con gestos silenciosos, contenta y asustada al mismo tiempo. Llevaba unos zapatos de fieltro agujereados, una bata casera de algodón y un chal persa de vivo colorido.

—¿Entonces qué, la vende? —preguntó Pavel Fiodorovich.

La anciana escondió las manos bajo el chal y agachó los ojos, con la mirada fija en el suelo, en el puerco; Pavel y Stepan se hicieron un guiño, y Stepan murmuró:

—Es un hecho, la venderá.

La anciana se limpió la comisura de los labios con una mano descarnada, temblorosa, de uñas violáceas.

—La verdad es que no sé qué hacer &3151respondió, mirando a los hermanos, con aire culpable— ustedes saben, la he recibido en herencia de mis abuelos, tal vez de los bisabuelos, está en la casa desde tiempo inmemorial... Saben ustedes, desde que murió mi inquilino, ¡Dios lo tenga en su santa gloria!, yo ya no puedo más; me pagaba tres rublos al mes por la habitación y compraba el petróleo. Para mí eso era más que suficiente... Mi padre y mi madre murieron precisamente en el banco de esa estufa... ¿Qué debo hacer? ¡Dios lo tenga en su santa gloria!, me refiero a mi inquilino; era un hombre magnífico, me pagaba tres rublos al mes y murió entre mis brazos... Lo he pensado, lo he pensado mucho; no crean, algunas noches ni siquiera puedo dormir; ustedes me han quitado la paz.

Pavel Fiodorovich dijo:

—Entre la estufa y el banco hay ciento veinte azulejos. Tal como convinimos, a veinticinco copeicas cada uno, dan una cantidad de treinta rublos. Le bastarán a usted para toda la vida. Nosotros enviaremos a alguien que se ocupe de desmontarla, que quite los

azulejos y le pinte luego la estufa de blanco. Todo eso corre por nuestra cuenta, usted no tiene por qué preocuparse.

—Sobre el precio no discuto —dijo la anciana—. El precio que ustedes me ofrecen es altísimo. Nadie aquí me pagaría un precio semejante... Además, fuera de mí, ¿a quién le sirven los azulejos? Eso es, si no fuera por mis padres... Yo me he quedado sola..

La anciana permaneció un rato meditabunda. Reflexionó profundamente; ¿o tal vez no pensaba en nada? Sus ojos dejaron de ver, parecían haberse sumido en la ceguera. E! cerdo terminó de comer las ortigas y con el hocico le arrebató uno de los zapatos a la vieja: los hermanos Bezdetov observaban con ceño severo a la anciana. Ésta volvió nuevamente a secarse las comisuras de la boca con mano temblorosa. Después esbozó una tímida sonrisa y con aire culpable dirigió la mirada hacia las paredes chuecas del patio y el huerto, luego, con aire culpable, la bajó delante de los hermanos Bezdetov.

—¡Bueno, así sea! ¡Dios los bendiga! —dijo tendiéndole la mano a Pavel Fiodorovich de manera blanda y tímida, pero que seguía los usos de la más vieja tradición comercial: de ese modo consignaba los azulejos en un trato de mano a mano.

2. En la plaza de la catedral, en el entresuelo de lo que en otra época había sido una casa privada, vivía la familia Tuchkov, antiguos propietarios de tierras. La casa que habían poseído en otra época en la ciudad había sido convertida en fábrica de productos lácteos. En el sótano vivían dos adultos y seis niños; los adultos eran dos mujeres, la vieja Tuchkova y su nuera, cuyo marido, un exoficial del ejército, se había disparado un balazo en 1925, cuando estaba a punto de morir de tuberculosis. El padre, un coronel, había caído en 1915 en la campaña de los Cárpatos. Cuatro de los niños eran hijos de Olga Pavlovna, la nuera; los otros dos, del más joven de los Tuchkov, a quien habían fusilado por actividades contrarrevolucionarias. Olga Pavlovna mantenía a la familia tocando el piano por las noches en la sala de cine. Era una mujer de treinta años que, sin embargo, parecía ya una vieja.

Cuando llegaron los hermanos Bezdetov la puerta estaba abierta, como de costumbre suele estarlo en casa de los pobres. Los recibió Olga Pavlovna, quien, con un movimiento de cabeza, los invitó a entrar y luego se adelantó a la carrera al cuarto que daban en llamar comedor" para cubrir la cama a fin de que los extraños no advirtieran que bajo las cobijas no había ropa blanca. Olga Pavlovna se miró furtivamente en el tríptico de espejos del tocador de caoba estilo Alejandro I. Los dos hermanos mantenían una actitud seria, comercial. Stepan levantaba las sillas, las sopesaba en el aire, examinaba el diván, levantaba el colchón de la cama para ver las trabes del mueble, sacaba los cajones de una cómoda: observaba la caoba. Pavel se entretenía en examinar las miniaturas, los trabajos de perlas y la porcelana. La joven Olga Pavlovna había conservado una actitud de adolescente, tanto en los movimientos como por su capacidad de ruborizarse. Los restauradores lo observaban y estudiaban todo en silencio, extrayendo de los rincones suciedad y miseria. Los seis niños se prendían de la bata de su madre llenos de curiosidad por lo insólito de la visita, los dos mayores estaban dispuestos a tomar parte en el saqueo. La madre se avergonzaba por la conducta de sus hijos, pero los más pequeños lloriqueaban, colgados de

su bata, impidiéndole realmente avergonzarse del todo. Stepan hizo a un lado tres sillas y dijo:

—No está completo el juego.

—¿Qué dice usted? —preguntó Olga Pavlovna, y gritó con voz cansada a los pequeños—: ¡Niños, salid de aquí, por favor! ¡Nada tienen que hacer aquí! ¡Fuera, por caridad!

—No está completo el juego —repitió Stepan Fiodorovich&#. Sólo hay aquí tres sillas y un sillón. Son piezas excelentes, no se lo discuto, pero será necesario hacerles infinidad de reparaciones. Usted misma puede darse cuenta, hay demasiada humedad en este lugar. Y es necesario completar el juego.

Los niños enmudecieron tan pronto como el restaurador comenzó a hablar.

—Sí —dijo OIga Pavlovna, y enrojeció— lo teníamos completo; tal vez aún sea posible encontrar las piezas que faltan. Una parte se quedó en la casa grande cuando nos fuimos, otra se la repartieron los campesinos y ésta la han arruinado los niños. Además, usted tiene razón, la humedad de este lugar... Sacamos nuestras cosas en condiciones desesperadas.

—Sin duda les habrá llegado una orden de salir en el término de veinticuatro horas.

—Nosotros salimos una noche, sin esperar la orden. La preveíamos.

En ese momento intervino en la conversación Pavel Fiodorovich, quien le preguntó a Olga Pavlovna:

—¿Entiende usted francés o inglés?

—Por supuesto —respondió Olga Pavlovna—, los hablo...

—¿Estas pequeñas miniaturas serán Bouchet o Gosswyn?

—¡Oh, sí, estas miniaturas...!

Pavelk Fiodorovich dijo, después de haber cambiado una mirada con su hermano:

—Le podemos dar veinticinco rublos por cada pieza. Stepan Fiodorovich interrumpió al hermano y dijo en tono severo:

—Si logra usted reunir por lo menos la mitad de este juego de muebles, se los compro todos. Si, como dice usted, es posible que estén aún entre los campesinos, sería bueno hacer un viajecito.

—Claro, claro —respondió ella—. La mitad del juego... nuestra aldea queda a trece verstas de aquí, es casi un paseo... Seguramente podré reunir la mitad de los muebles. Hoy mismo iré a la aldea, y mañana les tendré una respuesta. Pero, ¿si algunos de los objetos estuvieran rotos...?

—No importa, rebajaremos el precio. No es necesario una respuesta, traiga todo directamente acá para que mañana podamos empacar. Le daremos quince rublos por los divanes, siete y medio por los sillones y las sillas se las pagamos a cinco. El empaque será a costa nuestra.

—Sí, sí, iré hoy mismo, nuestra aldea queda sólo a trece verstas de aquí —repitió—, es casi un paseo... En este mismo momento me pondré en marcha.

El niño mayor preguntó:

—*Maman*, ¿me comprarás zapatos?

Afuera, el día seguía siendo gris; al final de la ciudad se unían las calles con la campiña rusa.

3. Viacheslav Pavlovich Karazin, el señor, estaba tendido en un diván en el comedor de su casa, cubierto con un abrigo de pelo de camello, raído hasta lo inverosímil. Tanto el comedor como el estudio (que en verdad era el matrimonio conyugal) parecían un museo montado en las humildes habitaciones de un empleado de correos. Los hermanos Bezdetov se detuvieron en el umbral de la puerta e hicieron una reverencia. El patrón Karazin los observó largamente y luego gritó:

—¡Fuera de aquí, bandoleros! ¡Fuera de aquí!

Los hermanos permanecieron inmóviles. El patrón Karazin, con el rostro de un color ya tumefacto, volvió a gritar.

—¡Fuera de aquí, canallas!

Al oír los gritos apareció su mujer. Los Bezdetov le hicieron una reverencia y retrocedieron unos cuantos pasos.

—Nadine, ya sabes que no puedo ver a estos sinvergüenzas —dijo el señor Karazin a su esposa.

—Está bien, Viacheslav, está bien. ¿Por qué no pasas al estudio? Yo me entenderé con ellos.

Sabes muy bien cuál es la situación, Viacheslav —dijo la señora.

—Han perturbado mi descanso. Muy bien, me retiro al estudio. Pero por favor, ninguna familiaridad con estos esclavos.

El *barin* Karazin salió de la habitación, arrastrando tras sí el abrigo; en ese momento volvieron a entrar los hermanos Bezdetov, quienes hicieron una nueva y respetuosa reverencia.

—Muéstrenos usted, señora, sus gobelinos rusos y díganos también el precio de las piezas de ebanistería —dijo con voz desapasionada Pavel Fiodorovich.

—Tomen asiento, señores —dijo ella.

La puerta del estudio se entreabrió y asomó por ella la cabeza del patrón. Karazin comenzó a gritar, con los ojos fijos en las ventanas para evitar posarlos, aunque fuera de manera involuntaria, en los hermanos Bezdetov.

—Nadine, no permitas que se sienten. ¿Pueden acaso esos individuos apreciar el valor real del arte? No permitas que elijan nada. Vende lo que no tengamos más remedio que vender. Véndeles la porcelana y los bronces...

—Nos podemos ir y se acabó el problema —dijo Pavel Fiodorovich.

—No, por favor un momento, señores; dejen ustedes que Viacheslav Pavlovich se tranquilice: ha estado muy enfermo —dijo la señora Karazin apoyándose en la mesa—. Tenemos absoluta necesidad de vender algunas piezas. ¡Ah, señores! Viacheslav Pavlovich, por favor cierra esa puerta, no oigas; sal mejor a dar un paseo...

4, 5-7. Por la noche, cuando las cornejas terminaron de desgranar el día y las campanas cesaron de gemir, los hermanos Bezdetov volvieron para cenar. Después de la cena, Jakov Karpovich Skudrin salió en expedición. Tenía en el bolsillo el dinero de los Bezdetov y su lista. Se había puesto un sombrero de fieltro de ala amplia, un abrigo de cordero y unos zapatones con múltiples remiendos. Tenía que visitar al carpintero y al cochero en busca de cajas y cuerdas para el empaque, así como para contratar el transporte hasta el muelle de los objetos adquiridos. Era preciso que salieran por barco al día siguiente hacia Moscú. El viejo era un hombre práctico; en el momento de salir de casa dijo:

—Lo mejor sería que fuesen los locos quienes se encargaran de empacar y transportar; son los tipos más honrados del lugar a pesar de su idiotez; pero no va a ser posible; el hermanito Iván no se los permitiría jamás; nunca consentiría que trabajasen para la contrarrevolución histórica, ¡ja, ja. ja!

Los hermanos Bezdetov se acomodaron en el salón, para descansar. La tierra se aprestaba a recibir la noche. Al crepúsculo la gente había llegado a tocar furtivamente en la ventana de María Klimovna. Catalina respondía a esos llamados: la gente trataba de congraciarse con ella como suelen hacer los pobres: "Me han dicho que tienen ustedes unos huéspedes que compran todas las cosas viejas", y ofrecían rublos y copeicas antiguos,

lámparas rotas, samovares inservibles, libros, candelabros; no sabían nada de antiguedades, eran miserables en el sentido más amplio de la palabra. Catalina no les permitía acercarse a los huéspedes con sus lámparas de latón, y les proponía que dejaran sus cosas hasta el día siguiente, cuando los forasteros, ya descansados, pudieran echarles una ojeada. La noche era oscura; más tarde comenzó a soplar el viento que movió las nubes y una fina lluvia comenzó a caer sobre la ciudad con fatalidad otoñal. A través del bosque, entre caminos que eran ríos de fango (de un fango parecido al que en esos días se sumía Akim Skudrin), caminaba Olga Pavlovna, la mujer con cara de vieja y movimientos ligeros de muchacha. El bosque sucumbía ante el viento. El bosque inspiraba pavor. La mujer, víctima de un terror infantil, caminaba rumbo a su aldea para comprarle a los campesinos unos sillones de los que ellos no tenían necesidad alguna.

A eso de las ocho Catalina le pidió a su madre permiso para ir a los ensayos del coro y visitar después a una amiga; se puso su mejor vestido y salió. Media hora más tarde caminaban bajo la lluvia también los hermanos Stepan y Pavel Bezdetov. Catalina los esperaba no muy lejos del puente. Stepan Fiodorovich la tomó del brazo. En la más profunda oscuridad siguieron un camino que bordeaba un barranco, hacia las afueras de la ciudad. Allí vivían las viejas hermanas Skudrin. Catalina y los dos hermanos Bezdetov atravesaron el patio como criminales, y como criminales se internaron en el jardín. Al fondo, escondido, había un baño.

Catalina tocó; la puerta se entreabrió. En el baño había luz y tres muchachas esperaban allí a los huéspedes. Habían cubierto cuidadosamente las ventanas con cortinas, y habían llevado al lugar una pequeña mesa que fue colocada en mitad del baño. Las muchachas vestían su ropa de fiesta y saludaban a los huéspedes con murmullos.

Los hermanos Bezdetov sacaron de las bolsas las botellas de coñac y de oporto llevadas desde Moscú.

Las muchachas arreglaron la mesa, colocaron sobre el mantel el salami cocido, los trozos de pescado marinado y en aceite, caramelos, tomates y manzanas. La mayor del grupo, Claudia, sacó de detrás de la estufa una botella de vodka. Todos hablaban en voz baja. Los hermanos Bezdetov se sentaron uno al lado del otro en los escalones de madera. Una lámpara iluminaba el cuarto de baño.

Una hora después las muchachas estaban ya ebrias, pero a pesar de su ebriedad seguían hablando en murmullos. Los borrachos, y en especial las mujeres altivas, conservan sin alteración durante largo rato la primera expresión que el alcohol imprime a sus rostros. Claudia se sentó en la mesa, sosteniéndose la cabeza con una mano, en un gesto típicamente masculino; tenía las encías descubiertas, y los labios inmóviles y fijos en un gesto de desprecio; de cuando en cuando se le escapaba de la mano su cabeza y entonces se mesaba con rabia sus cabellos cortos, sin experimentar dolor; fumaba un cigarrillo tras otro y bebía coñac; su rostro había enrojecido excesivamente, era bella y horrible al mismo tiempo. Decía con desprecio:

—¿Me he emborrachado? Sí, estoy muy borracha. ¡Muy bien! Mañana iré de nuevo a la escuela a enseñar; pero, ¿qué sé yo? ¿Qué cosa enseño? A las seis tendré que ir a la reunión de padres de familia convocada por mí misma. Aquí está, en mi agenda, aquí lo anoto todo... Bebo... lo que sea... y he acabado por emborracharme. ¿Quiénes sois vosotros? ¿Tal vez parientes míos? ¿Compráis muebles de caoba? ¿Antiguallas? ¿Queréis también comprarnos a nosotras con vino? ¿Creéis que no sé lo que es la vida? Sin embargo lo sé muy bien... Pronto tendré un hijo... no sé quién es su padre... ni me importa...

Claudia mostraba las encías al hablar; los ojos no perdían su inmovilidad. Pavel molestaba a Zina, la más joven, una muchacha que no dejaba de reír, cuyos rizos eran de un rubio casi blanco, sentada en el tronco de un árbol, un poco lejos de los demás, con las piernas largas y los puños en las caderas. Pavel Fiodorovich le decía en aquel momento:

—Y a ti, Zina, te apuesto lo que quieras a que no te quitarás la camiseta, te apuesto a que ni siquiera te desabrocharás el cinturón; estoy seguro de que no te atreves...

Zina se cubría la boca para que no se oyeran sus carcajadas; reía a más no poder; cuando lograba tranquilizarse decía:

—¡Ya te voy a enseñar de qué soy yo capaz!

—Estoy seguro de que no me enseñarás nada. No te atreves.

Claudia intervino para decir con desprecio:

—Lo va a hacer. ¡Zina muéstrale las tetas! ¡Deja que te miren! ¿Quieres que se las muestre yo? ¿Crees que soy una borracha? Nada de eso; desde la última vez que nos vimos no había vuelto a beber. Lo que pasa es que hoy desde que salí de casa estaba dispuesta a embriagarme, quiero emborracharme esta noche hasta morir, pase lo que pase. ¡Zina, no seas mala, enséñale los senos! ¿Cómo a Kolia sí se los muestras?... ¿Quieres que sea yo quien se los muestre?

Claudia le dio un jalón al cuello de su blusa. Las muchachas se lanzaron sobre ella.

—Claudia, no rompas tu vestido, de otra manera en casa van a enterarse de todo —dijo juiciosamente Catalina.

Zina trataba de tenerse en pie con dificultades, abrazó a Claudia, tomándola de la mano. Claudia la besó.

—¿No debo romperlo? —preguntó—. Bueno, si lo decís vosotras no lo haré... Pero, Zina, ¿por qué no les muestras las tetas?,.. Deja que miren, nosotras no nos avergonzamos de nada, no tenemos prejuicios... ¿Vosotros compráis caoba?

—Está bien, se las voy a enseñar —dijo Zina, con tono dócil y serio, como de escolapia, mientras comenzaba a desabrocharse la blusa.

La cuarta muchacha salió a vomitar. Seguramente los hermanos Bezdetov se sentían compradores; sólo sabían comprar.

Afuera caía la lluvia; los árboles sucumbían al viento. A esa hora Olga Pavlovna había llegado ya a su aldea y, feliz y agradecida al abuelo Nazar que le había vendido algunas sillas y un sillón, dormía tendida en un montón de paja, en el suelo de la isba de Nazar. El *barin* Karazin se debatía a esa misma hora en medio de un ataque de histeria senil. Y también a esa misma hora los idiotas del subterráneo evocaban junto a las calderas con ojos y voces de locos el año 1919, cuando todo se poseía en común, tanto el pan como el trabajo, cuando no existía ni pasado ni futuro, cuando reinaban las ideas y no el dinero; un periodo histórico vuelto de pronto inútil.

Una hora más tarde el baño fue abandonado. Las mujeres ebrias y los hermanos Bezdetov regresaron a sus casas; las jóvenes con una soberbia borrachera a cuestas llegaron a sus camas como pudieron. En el baño, tirada en el suelo, había quedado la agenda. Allí se leía: "Convocar para el día 7 a las dieciocho horas el consejo de padres de familia." "Proponer reunión del comité local para la suscripción del empréstito requerido para el plan de industrialización, descontable del salario mensual." "Pedir mañana al camarada Alexsandrievich que revise el Alfabeto del Comunismo."

A la mañana siguiente las campanas volvieron a lamentarse. Bajo la vigilancia de Jakov Karpovich se dirigieron en efecto hacia el muelle algunos carros llenos de muebles de caoba de la época de Catalina, de Pablo, de los dos Alejandros. Los hermanos Bezdetov durmieron hasta el mediodía. En la cocina se había reunido a aquella hora una multitud de pobres diablos que esperaban conocer la suerte que iban a correr sus rublos viejos, sus lámparas viejas, sus candelabros viejos.

La ciudad es una Brujas rusa.

IV

...Precisamente en aquella época. dos días después del viaje de los hermanos Bezdetov, llegó a la ciudad el ingeniero Akim Skudrin, el hijo menor de Jakov Karpovich. No se hospedó en casa de su padre; llegó, en cambio, a casa de sus tías Capitolina y Rimma. El ingeniero Akim no viajaba para hacer negocios, sino porque disfrutaba de una semana libre de trabajo.

...Capitolina Karpovna se acercó a la ventana. ¡Provincia! Una pared de ladrillos rojos, destruida a medias, se apoyaba por una parte en una casa color ocre, con una terraza, y por la otra en la iglesia. Más allá había una plaza, la balanza pública, otra iglesia. Llovía. Un cerdo se revolcaba en un lodazal. Un carro cisterna se detuvo frente a la casa. Por la pequeña puerta salió Claudia, con los zapatos bien lustrados, una capa negra que le llegaba hasta el tobillo y la cabeza cubierta por una pañoleta azul. Atravesó la calle con la cabeza gacha, caminó a lo largo de la pared en ruinas hasta que llegó a la esquina de la plaza donde

dio vuelta. Los ojos claros de Capitolina Karpovna seguían los movimientos de Claudia. Del otro lado de la pared Rimma Karpovna daba de comer a su nietecita, la hija de Bárbara, la mayor. En la habitación todo era pobre y limpio, ordenado, colocado en su sitio desde hacía varias décadas. Todo allí respondía a la concepción de cómo debía ser la casa de una vieja solterona, de una solterona vieja: una cama estrecha, una mesa de trabajo, una máquina de coser, un maniquí, cortinas de tul. Capitolina Karpovna entró en el comedor.

—Querida Rimma, déjame darle de comer a la nietecita. Acabo de ver salir a Claudia. ¿También Bárbara está afuera?

Dos viejas, Capitolina y Rimma: honradas pequeño burguesas herederas de muchas generaciones de pequeña burguesía, dedicadas a la costura y al bordado. Su vida era simple como la línea de la vida en la palma de la mano izquierda. Había entre ellas un año de diferencia. Capitolina era la mayor. La de Capitolina había sido una vida llena de dignidad, sometida desde el inicio a la moral burguesa. Toda su vida había transcurrido ante los ojos de la ciudad entera, actuando en conformidad con los reglamentos de la ciudad. Era un ejemplar de burguesía respetable. Y no sólo la ciudad entera, sino también ella sabía que todos sus sábados habían transcurrido en el encierro y la oración, que había pasado todos los días de su vida agachada sobre sus bordados para blusas y camisas, millares de camisas, que ningún extraño la había besado jamás; sólo ella conocía los pensamientos y el sabor a vino ácido que depositan en el corazón las arrugas. Sin embargo, en su vida había existido la adolescencia, la juventud y ese veranillo de san Juan que suele ser una delicia; pero nunca en su vida había sido amada, en ninguna ocasión había conocido el pecado. Era un ejemplo, según las leyes vigentes en la ciudad, una vieja virgen que había dejado agriar la propia vida al servicio de la castidad, de Dios, de la tradición...

La vida de Rimma Karpovna, ella también costurera, había sido diferente. El hecho había ocurrido veintiocho años antes y había durado tres años, tres años de un deshonor que continuó siendo deshonor toda su vida. Fue en los días en que Rimma había ya pasado de los treinta años, cuando la juventud comenzaba a desaparecer y se enraizaba en ella la desesperación. En la ciudad vivía un empleado de la tesorería, un actor aficionado, apuesto y canalla. Estaba casado, tenía hijos, bebía en exceso. Rimma se enamoró y no supo resistir al amor. Todo fue en esa historia motivo de vergüenza y escarnio. En aquel amor se reunían todos los elementos que podían deshonrar a una mujer según los mandamientos de la ética provinciana, y todo había sido desdichado. En los alrededores había bosques donde hubiera sido posible mantener el secreto, pero ella se le había entregado a aquel hombre de noche en un callejón, y ni siquiera una sola vez durante los tres años que duró su vergiienza se había encontrado con su amante bajo el techo de una casa. Las citas tenían lugar en una arboleda o en la calle, entre las ruinas de una casa, en barcas abandonadas, aunque fuera otoño y aun invierno. El hermano Jakov Karpovich repudió a su hermana y la echó de casa; hasta su hermana Capitolina se declaró en su contra. En la calle la gente la señalaba con el dedo; fingían no conocerla. La mujer legítima del tesorero y actor golpeó a Rimma y azuzó a los muchachos de los suburbios para que la golpearan; la ciudad y sus leyes otorgaban toda su protección a la mujer legítima. Rimma tuvo una hija, Bárbara, vergüenza y testimonio de esa vergüenza. Tuvo una segunda, Claudia, y Claudia fue una segunda encarnación de la deshonra. El actor y tesorero abandonó la ciudad. Rimma se quedó sola con las dos niñas, en la miseria más siniestra, deshonrada, y con treinta años cumplidos

desde hacía mucho tiempo. Pasaron los años, Bárbara se casó, el matrimonio fue feliz, tuvo a su vez dos niñas. Rimma Karpovna fue abuela de dos nietas. El marido de Bárbara era empleado; también Bárbara era empleada. A Rimma Karpovna, convertida en jefa de familia, le estaban reservadas todas las labores de la casa. La buena anciana estaba contenta con su propia vida. La vejez la hizo perder estatura y la felicidad la engordó: pequeña y opulenta de carnes, tenía los ojos dulces y llenos de vida. Ahora Capitolina Karpovna no podía pensar en otra cosa que no fuera la vida de Rimma, la de Bárbara, Claudia y las dos nietecitas: su castidad, su honorabilidad, su fidelidad a los dictámenes de la ciudad no le habían servido de nada. La vieja Capitolina Karpovna no tenía una vida propia.

—Querida Rimma, déjame darle de comer a la nietecita. Acabo de ver salir a Claudia. ¿También Bárbara está afuera?

Afuera quedaba la provincia, el otoño, la lluvia. Se oyó tocar el gozne de la puerta; unos zapatos masculinos golpearon el suelo para sacudirse el agua y el lodo; entró a la casa un hombre que miró en torno suyo con esa incertidumbre de los miopes cuando se les empañan los lentes. Era el ingeniero Akim Jakovlevich Skudrin, idéntico a un retrato de su padre tomado cincuenta años atrás. Había llegado a su ciudad natal sin saber bien a bien ni por qué ni para qué.

—Aquí me tienen, tías queridas —dijo Akim y se adelantó a besar a su tía Rimma.

¡Provincia, lluvia, otoño, el samovar ruso!

... El ingeniero Akim no había llegado para hacer negocios. Las tías lo recibieron con el samovar; prepararon unos blinis de prisa y se los ofrecieron con la hospitalidad de la provincia rusa. Akim no se presentó ni en casa de su padre ni ante las autoridades. Se imponía sobre la ciudad el gemido de las campanas moribundas, en las calles florecía la manzanilla. Akim pasó veinticuatro horas en la ciudad y se marchó después de haber comprobado que el lugar natal no le era necesario: la ciudad no lo acogió en su seno. Pasó el día con las tías, recorriendo la vida de ellas con la memoria, con la vanidad de la memoria; tomó parte en la negra miseria de sus tías, en sus problemas y esperanzas, en sus pensamientos. Los objetos de la casa estaban en el mismo sitio en que habían estado veinte o veinticinco años atrás; el maniquí que tanto lo había espantado durante la infancia, ya no le daba miedo. A la hora del crepúsculo regresó Claudia de la escuela. Los dos primos, a quienes separaban diez años de edad, se sentaron en el mismo sillón.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Akim.

Hablaron de mil tonterías; luego Claudia sacó a colación el tema que más le preocupaba, y habló de él con entera sencillez. Estaba muy hermosa, muy serena. Las tinieblas parecían demorarse en llegar; tal vez se adensaban.

—Quiero oír tu consejo —dijo Claudia—. Voy a tener un hijo. No sé qué hacer, no sé quién es el padre.

—¿No sabes quién es su padre?

—Tengo veinticuatro años —dijo Claudia—. Esta primavera decidí que había llegado el momento de ser mujer, y lo he sido.

—¿Amas a alguien?

—No, ha habido más de uno. Tenía curiosidad. Lo he hecho por curiosidad; además ya era hora, tengo veinticuatro años.

Akim no supo qué más preguntar.

—No me interesaba tanto saber qué era el amor, sino conocerme a mí misma, mis propias emociones. He elegido a los hombres, los he querido de distintos tipos, para poder conocerlo todo. No quería embarazarme; el sexo es un placer, no pensaba en el niño. Sin embargo he quedado encinta y me he decidido a no abortar.

—¿Y no sabes de quién es? —repitió Akim.

—No estoy segura. Eso para mí no es importante. Soy madre. Ya me las arreglaré; el Estado me ayudará; en cuanto a la moral... la verdad es que no sé qué es; me han hecho olvidar lo que significa. Tal vez tenga yo una moral propia. Respondo sólo a mí, y a mí misma. ¿Por qué ha de ser inmoral entregarse a alguien? Hago lo que quiero y no tengo obligaciones con nadie. ¿Me preguntas quién es él? No quiero obligarlo de ninguna manera, un marido sólo me serviría si tuviera necesidad de él y ningún compromiso lo atara. No quiero un esposo que ande por casa en pantuflas y se dedique a hacerme un hijo tras otro. La gente me ayudará, tengo fe en la gente. A la gente le gustan los orgullosos. También el gobierno me ayudará. He tenido relaciones con quienes he querido por el mero hecho de que me gustaba tenerlas. Tendré un hijo o una hija. Ahora ya no seré de nadie, ya no tengo necesidad. Ayer bebí hasta embriagarme, pero ha sido la última vez. Contigo puedo hablar como si pensara en voz alta. Me repugna haberme emborrachado anoche. Pienso si mi hijo no sentirá algunas veces la necesidad de un padre. Tú te has escapado de tu padre, también yo he nacido sin padre y no oí en la vida sino porquerías; de niña esto me ofendía, y me hacía sentir resentimiento hacia mi madre. Sin embargo, a pesar de todo, he decidido no abortar, mi vientre entero está lleno del niño. Es un placer mayor que... Soy fuerte y joven.

Akim no lograba ordenar sus ideas. Tenía ante los ojos uno de esos tapetes hechos con retazos de tela, que son como un emblema de pobreza honrada y de pequeña burguesía. Claudia era hermosa y fuerte, muy hermosa y muy fuerte. Afuera caía una lluvia menuda, diminuta. Al Akim comunista le hubiera gustado creer que estaba acercándose a una vida nueva, pero la vida era la misma, antiquísima, la de siempre. La moral de Claudia era para él extraña y al mismo tiempo nueva; tal vez estaba en lo justo, si ella así lo consideraba.

—Debes tener el hijo 13dijo Akim.

Claudia se le acercó, le puso la cabeza sobre un hombro; subió las piernas sobre el mueble, se volvió de pronto afectuosa y débil.

—Soy demasiado fisiológica —dijo—. Me gusta comer, me gusta lavarme, me gusta hacer gimnasia, me gusta cuando Perdigón, nuestro perro, me lengüetea las manos y los pies. Me gusta rascarme las rodillas hasta sacarme sangre. La vida, en cambio, es grande, toda ella me rodea, yo no la comprendo, no comprendo la revolución, pero tengo fe en ella, sí, en la vida, en el sol y en la revolución. Entiendo sólo lo que me concierne. Lo demás, te lo juro, no me interesa.

Un gato dio unos pasos sobre el tapete y saltó, por costumbre, a las rodillas de Claudia. Afuera se había hecho ya la oscuridad. En la habitación de junto encendieron la luz y se puso en movimiento la máquina de coser. Con la oscuridad había entrado la paz

Esa noche, Akim fue a buscar a su tío Iván, quien había cambiado su nombre de Skudrin a Ochogov. El loco Ochogov salió de las calderas para ir al encuentro de su sobrino tan pronto le avisaron que lo estaba buscando. Como alrededor de las fábricas de ladrillos la tierra es removida constantemente y los techos de las ladrilleras son siempre bajos, por lo general esos lugares tienen un aspecto de desolación y de misterio.

El loco estaba achispado. No era posible conversar con él, había que conformarse únicamente con oírlo. Estaba muy contento, feliz era la palabra, de que su sobrino lo hubiese ido a visitar. El loco Ochogov apenas podía tenerse en pie y temblaba con un temblor canino.

Condujo a su sobrino a un lugar techado.

—Has vuelto, has vuelto —murmuraba, llevándose las manos temblorosas al pecho tembloroso.

Hizo que su sobrino se sentara sobre una carretilla después de haber volcado en el suelo su contenido.

—¿Te han expulsado? —le preguntó luego, con alegría.

—¿De dónde? —Akim no comprendía.

—Del partido.

—No.

—¿No? ¿No te han expulsado? —repitió Iván y en su voz se advirtió una nota de tristeza, pero continuó con vivacidad—. Bueno, si no ahora, cualquier día de éstos te expulsarán; expulsarán a todos los leninistas y a todos los trotskistas.

Después, Iván Karpovich se dedicó a desvariar, y en su delirio hablaba de su comuna, de cómo había sido presidente del Comité Ejecutivo, de cómo habían sido aquellos años, de cómo habían desaparecido aquellos años maravillosos y terribles, de cómo había sido expulsado de la revolución y ahora se dedicaba a vagar entre la gente para hacerla llorar, recordar, amar; después volvió a hablar de su comuna, de la igualdad y fraternidad que en ella reinaban, afirmando que el comunismo era ante todo amor, era lealtad de un hombre hacia otro hombre, amistad, comunidad, trabajo colectivo, de cómo el comunismo significaba renuncia de las cosas, y de cómo, en un comunismo auténtico, el primer deber era el amor, el respeto por el hombre. El anciano temblaba, acariciando con sus manos delgadas y temblorosas la solapa de su desgarrada chaqueta. El patio de la fábrica de ladrillos proclamaba la ruina. El ingeniero Akim Skudrin era de la misma carne y de la misma sangre de Iván Ochogov. Indigentes, visionanos, clarividentes, lisiados, limosneros, peregrinos, idiotas, santones, profetas, "inocentes", mentecatos, todos ellos fueron parte de las delicias de la vida cotidiana de la Santa Rusia, desaparecida para siempre sin dejar traza, indigentes desparramados por toda la Santa Tierra Rusa; "inocentes" de la Santa Rusia por el amor a Cristo. Esos prodigios embellecían la vida, había habido una amplísima confraternidad dedicada a Cristo y a rezar por el mundo. Ante el ingeniero Akim Skudrin se encontraba un pobre indigente, un loco puro de la Rusia soviética por amor a la justicia, en oración constante por la paz y el comunismo. El tío Iván era posiblemente un esquizofrénico; tenía la manía de vagar por la ciudad, visitar a conocidos y desconocidos y suplicarles que lloraran, hacía discursos inflamados y locos sobre el comunismo y en el mercado había gente que en verdad lloraba al escuchar sus palabras. Entraba en las oficinas públicas y corría la voz en la ciudad de que algunos jerarcas se frotaban los ojos con cebolla para conquistar, con el apoyo de ese loco, una popularidad que les era muy necesaria. Iván temía a las iglesias, pero imprecaba a los sacerdotes sin temerles. Los discursos de Iván eran los más "de izquierda" de la ciudad. En la ciudad Iván era honrado por la gente que durante siglos había tenido la costumbre de honrar a los "locos puros" por cuyas bocas hablaba la verdad y que estaban dispuestos a enfrentarse a la muerte por defender esa verdad. Iván bebía; el alcohol lo destruía. Había reunido en torno suyo a un grupo de semejantes, despojos como él de la revolución, creados, como él, por la propia revolución. Gente que había encontrado refugio en las catacumbas de la ciudad: eran ellos los detentadores del comunismo auténtico, de la hermandad, de la igualdad, de la amistad. Cada uno de ellos tenía una manía personal: uno vivía con la esperanza de entrar en contacto con los proletarios de Marte; otro proponía que se organizara la pesca de todos los peces adultos del Volga y construir con el producto de su venta los puentes de acero que eran necesarios para cruzar el río, otro más se proponía lograr que el tren fuera introducido hasta el centro de la ciudad.

—¡Llora! —dijo Iván.

Akim, absorto en sus propios pensamientos, no comprendió de momento lo que se le pedía.

—¿Qué dices? —preguntó.

—¡Llora, Akim, llora inmediatamente por la pérdida del comunismo! —gritó Iván, llevándose las manos al pecho y agachando la cabeza como hacen quienes oran.

—Sí, sí, lloraré, tío Iván —dijo Akim.

Akim era fuerte, alto, corpulento. Se puso en pie junto a su tío y lo besó. Llovía a cántaros. La oscuridad de la fábrica de ladrillos proclamaba la ruina.

Al regresar del sitio de los locos, Akim atravesó la ciudad y se detuvo ante una casa de la plaza del mercado. Al acercarse vio encendida una luz en una ventana solitaria de esa casa. Allí vivía el personaje estrambótico que dirigía el museo. Akim se acercó a la ventana. En otra época había hecho investigaciones con aquel hombre en los sótanos del Kremlin local. Estaba por tocar con los nudillos en la ventana cuando algo extraño que vio lo hizo desistir. La habitación estaba tapizada de sotanas, estolas, casullas, gobelinos. En medio de aquel cuarto había dos personajes sentados; el director del museo había servido vodka de una botella y había llevado un cáliz a los labios de un hombre desnudo, el cual no movió ni siquiera un músculo. En la cabeza de aquel hombre había una corona de espinas. Akim vio entonces que el director bebía solo, ante una estatua de Cristo sentado. Aquel Cristo estaba esculpido en madera y era de tamaño natural. Akim se acordó: en su infancia había visto ese Cristo en el monasterio de Divny; se trataba de una hermosa talla del siglo XVIII. El director bebía vodka junto a Cristo y de cuando en cuando le ponía el cáliz en los labios. Llevaba desabotonada la chaqueta a la Pushkin, tenía las patillas enmarañadas. El Cristo desnudo con la corona de espinas le había parecido a Akim un hombre vivo.

A altas horas de la noche llegó a visitar a Akim su madre, María Klimovna. Las tías los dejaron solos en la sala. La madre llevaba puesto un modesto vestidito de casa; había escapado del marido echándose un chal a la espalda. Se había puesto los lentes, atados con un cordón, para poder ver mejor a su hijo. Su aspecto era solemne como en el acto de la comunión. La madre abrazó al hijo, la madre pegó su delgado pecho al pecho del hijo, la madre pasó los dedos descarnados sobre el cabello del hijo, la madre apoyó su cabeza en el cuello del hijo. La madre ni siquiera lloraba. Su rostro era grave. Como si no pudiera creer en sus propios ojos, lo palpaba, lo recorría todo con los dedos. Después lo bendijo.

—¿No vendrás?, ¿no vas a venir a vernos, hijito?

—preguntó la madre.

El hijo no respondió.

—¿Qué caso tiene entonces para mí haber vivido hasta ahora? —dijo con desesperanza.

El hijo sabía que el padre golpearía a la madre si llegaba a descubrir que había ido a visitarlo. El hijo sabía que la madre pasaba largas horas en la oscuridad cuando el padre dormía, pensando en él, en su hijo. El hijo sabía que la madre no le habría ocultado nada, y que nada, nada de nuevo le habría podido contar: sabía que todo lo viejo era maldito y que la madre, la madre era un ser único, maravilloso, el más bello... su madre mártir, condenada de por vida a trabajos forzados, el entero amor de su vida. El hijo no respondió nada a la madre, no le dijo nada a la madre.

A la mañana siguiente el ingeniero Akim se marchó. El barco salía esa noche, pero él se hizo llevar en carro cincuenta verstas para tomar el tren nocturno. Le dieron una calesa con un par de caballos bayos. El día era cambiante; a momentos llovía y poco después había sol y un cielo azul. El camino era el mismo que conducía hasta Moscú. El lodo cubría las ruedas hasta la mitad y llegaba hasta la rodilla de los caballos. Pasaron por bosques espesos, sombríos, silenciosos.

El cochero encaramado en el pescante era viejo y taciturno. Los caballos caminaban a tropezones. A mitad del camino, cuando Akim comenzaba a temer no llegar a tiempo para tomar el tren, el cochero se detuvo para poner en orden los caballos. En la cooperativa le dijeron que no vendían vodka, pero él encontró a un traficante ilegal, secretario del soviet rural. Tan pronto como hubo bebido unos tragos, el cochero comenzó a hablar. Hablaba de manera rencorosa sobre cosas de su vida, sobre cómo, por ejemplo, había trabajado durante treinta años en una carnicería y cómo durante la revolución había tenido que abandonar ese oficio, porque se había vuelto innecesario; y una vez que se hubo emborrachado por completo, comenzó a manifestar su asombro ante la capacidad de los dirigentes. Era difícil saber si el asombro del cochero era genuino o si se estaba burlando. Después de haber alimentado los caballos continuaron la marcha; de nuevo volvió a hacerse entre ellos el silencio.

El ingeniero Akim era trotskista; su facción había sido derrotada. La ciudad natal le había resultado inútil: la última semana se había dedicado a reflexionar. Debía pensar en el futuro de la revolución y de su partido, en su propio destino de revolucionario, pero tales pensamientos le eran difíciles. Miraba el bosque y pensaba en el bosque, en su interior impenetrable, en los pantanos. Miraba el cielo y pensaba en el cielo, en las nubes, en el espacio. Los flancos del caballo estaban desde hacía un rato cubiertos de espuma, las panzas hinchadas por la respiración fatigosa. El fango hacía intransitable el camino; se habían formado pozos profundos, precisamente allí, por tratarse de un camino. Anochecía. El bosque callaba. De los bosques y de los caminos del campo que se extienden por millares de verstas, los pensamientos de Akim pasaron a sus tías Capitolina y Rimma, y por milésima vez Akim justificó la revolución. La tía Capitolina había vivido lo que dan en llamar una vida honesta, sin cometer una sola infracción contra la sociedad y contra la moral de la sociedad, y he aquí que su existencia había resultado vacía e inútil. En el pasaporte de la tía Rimma había quedado consignado para siempre aquello que hubiera sido escrito en el pasaporte de la Virgen María de haber vivido en la Rusia anterior a la revolución: "Virgen... hijos: dos". Las hijas de Rimma habían sido para la madre un motivo de vergüenza y dolor. Pero el dolor se había convertido en alegría y dignidad, su vida era ahora plena, estaba colmada, la tía Rimma era feliz, y la tía Capitolina vivía de la felicidad de la hermana porque no poseía vida propia. No era necesario tener miedo, lo necesario era actuar: cualquier acción, por amarga que resulte, puede convertirse en felicidad, mientras que la nada se queda siempre en nada. ¿Y no era acaso Claudia más feliz que la madre? En realidad no sabía quién era el padre de su hijo, mientras que su madre sabía que había amado a un sinvergiienza. Akim recordó entonces a su padre. ¡Habría sido mejor no haberlo conocido! Se sorprendió al comprobar que al pensar en su padre, en Claudia, en las tías, en realidad no pensaba en ellos sino en la revolución. La revolución era para él, el principio de la vida, la vida misma, su finalidad última.

El bosque y el camino eran cada vez más oscuros. Se hallaban en medio de un terreno descubierto. El poniente estaba ya borrándose desde hacía un rato, herido por el rojo crepúsculo. Atravesaron campos idénticos a los de quinientos años antes, entraron en un pueblo, se hundieron en el fango del siglo XVII.

Más allá del pueblo el camino descendía por un barranco; pasaron un puente, después del puente se toparon con un lodazal que fue imposible evitar. Se tuvieron que introducir en él. Los caballos dieron un paso y se detuvieron. El cochero los azotó; los caballos dieron otro paso pero no lograron avanzar. En torno a la calesa se extendía un océano de fango. Y en medio de ese océano se empantanó el vehículo; la rueda delantera izquierda se había hundido por completo. Haciendo esfuerzos de equilibrio desde el pescante, el cochero logró asestarle una patada a la grupa del caballo izquierdo, el que se sacudió por entero para un momento después caer vencido, como si se le hubieran quebrado las patas, hundiéndose en el fango hasta el cuello. El cochero continuó azotando los caballos hasta que comprendió que el caído no estaba en capacidad de levantarse. Entonces dio un salto con la intención de levantarlo; pero apenas había puesto un pie en el pantano cuando se hundió hasta la rodilla, y apenas puso el otro se quedó paralizado. No podía sacar las piernas, los pies se le salían de los zapatos, pegados en aquel cieno pantanoso. El viejo perdió el equilibrio y cayó en medio de la poza. Entonces lloró: lágrimas amargas, histéricas, impotentes de rabia y desesperación. ¡Tener que pasarle eso a él, un hombre especializado en destazar vacas y toros!

El trotskista Akim llegó con retraso a la estación, como por otra parte estaba en retraso ante el tren de la vida.

V

El arte de la ebanistería era un arte anónimo: el arte de las cosas. Los maestros morían alcoholizados; cuando ellos morían, las cosas continuaban viviendo, y en tomo a ellas se amaba, se moría, se guardaba en su interior el secreto de amores, negocios, alegrías. Isabel, Catalina, rococó, barroco. Pablo es Caballero de Malta, Pablo es severo: serenidad grave, caoba oscurecida, cuero verde, leones negros, grifos de distintos tamaños. Alejandro es el Imperio, el clasicismo, la Hélade. Los hombres mueren pero las cosas viven, y de las cosas de la antigiiedad emanan antiguos fluidos. En 1928 en Moscú, en Leningrado, en las ciudades de provincia se abrían negocios de antigüedades; los viejos objetos de arte eran comprados y vendidos por casas de empeño, por el Gostorg (la Agencia Comercial del Estado) y por el Fondo Estatal de los Museos. En 1928 eran muchos los que coleccionaban esos fluidos del pasado. Aquellos que después de las tormentas de la revolución compraban objetos antiguos, aquellos que vivían enamorados del pasado respiraban después en sus casas la vida de las cosas muertas. Estaba en auge Pablo, el maltés, erguido y severo, sin bronces, sin adornos excesivos.

Los hermanos Bezdetov vivían en Moscú en la calle Dolgorukova, conocida anteriormente con el nombre de "calle de los mataderos". Eran anticuarios y restauradores

y, sin duda alguna, un par de tipos raros. Estas personas son por lo general solitarias y taciturnas. Se sienten orgullosas de su oficio como los filósofos. Los hermanos Bezdetov vivían en un sótano y eran patizambos. Restauraban Pablos, Catalinas, Alejandros, el primer Nicolás, y a su casa acudían otros coleccionistas patizambos para admirar sus antigüedades y su trabajo, para hablar de antigüedades y de los secretos del oficio, respirar la antigüedad, empaparse de ella, enamorarse de ella, comprarla. Cuando los coleccionistas patizambos compraban alguna pieza, la adquisición iba acompañada de coñac, servido en una garrafa de la época de Catalina II y bebido en copas de cristal cortado pertenecientes a un antiguo servicio imperial.

...Allá, en cambio, en la casa que hacía esquina con el puente Skudrin, no sucedía nada.

La ciudad es una Brujas rusa, una Kamakura rusa...

Jakov Karpovich se despertaba hacia la medianoche, encendía la luz, comía y recitaba la Biblia en voz alta, de memoria, como siempre, como lo había venido haciendo durante cuarenta años. Por la mañana visitaban al viejo sus amigos y clientes, los campesinos, porque Jakov Karpovich desempeñaba el papel de intermediario en los asuntos de los campesinos. En aquellos años los campesinos estaban orientados debido al siguiente "dilema problemático", como lo llamaba Jakov Karpovich, para ellos incomprensible. Esa incomprensibilidad había separado a los campesinos en dos partes numéricamente iguales: el cincuenta por ciento de ellos se levantaba a las tres de la mañana, se acostaba a las once de la noche; trabajaban todos, viejos y jóvenes, sin descansar jamás. Cada vez que compraban una ternera lo pensaban detenidamente antes de decidirse; acarreaban a sus casas los yerbajos recogidos a orillas de la carretera; sus isbas, como sus carros, se mantenían en buen estado; el ganado estaba bien alimentado y cuidado, y ellos mismos se alimentaban en forma abundante y vivían sumergidos en un universo dominado por el trabajo.

Le pagaban regularmente al gobierno los impuestos sobre la producción y otros impuestos, temían a la autoridad y eran considerados enemigos de la revolución, ni más ni menos. El otro cincuenta por ciento tenía isbas en las que entraba el viento cuantas veces le daba la gana, una vaca flaca y una oveja tiñosa, no poseía nada más; cada primavera el gobierno les asignaba desde la ciudad un préstamo en semillas, préstamo del que de inmediato devoraban la mitad porque no tenían grano propio; de la otra mitad sembraban una espiga lejos de la otra, como voces que se llaman en medio del campo, por lo que en otoño recogían poco o nada. Se justificaban ante las autoridades explicando que la causa de la mala cosecha debía atribuirse a la insuficiencia del estiércol con que abonaban la tierra, producido por vacas flacas y ovejas tiñosas, y entonces el gobierno los eximía de pagar impuestos sobre la producción y eran considerados amigos de la revolución. Los campesinos "enemigos" decían a propósito de los "amigos", que una tercera parte de éstos eran borrachos (por cierto, es difícil establecer en este caso si la miseria proviene del beber o el beber de la miseria) y los demás bravucones, charlatanes, filósofos, indolentes y buenos para nada. En los pueblos se ejercía todo tipo de presiones sobre los "enemigos" para transformarlos en "amigos" y suprimirles por consecuencia la posibilidad de pagar el impuesto sobre la producción, convirtiendo también sus "isbas" en lugares abiertos a todos los vientos. Jakov Karpovich escribía peticiones conmovedoras e inútiles. Recibía la visita

de cierto enemigo de la patria, Vasili Vasilievich quien no hacía mucho había perdido la razón. Antes de la revolución había sido escribano en la sede de la administración local, había leído con entusiasmo muchos libros de agronomía. En 1920 se había dedicado a cultivar la tierra, le había sido asignada una hectárea y había comenzado a trabajarla con la única ayuda de sus brazos cuando tenía ya más de cuarenta años. En 1923 en la Exposición Agrícola de Moscú obtuvo una medalla de oro —en papel— y menciones honoríficas del Comisariado del Pueblo para la Agricultura por una vaca, por la cantidad de leche obtenida y por su obra como presidente de la cooperativa lechera. En la primavera de 1925 le ofrecieron cuarenta hectáreas de tierra para instalar una granja modelo; aceptó y ahora las campanas morían en la ciudad.

Jakov Karpovich estaba vivo, para él los acontecimientos no existían.

El año 1744, Guerasim Kirilovich Lobradovski, jefe de una caravana que se dirigía a China, llegó al puesto de avanzada de Kiachta, y acogió en su caravana a un tal Andrei Kursín, un platero originario de la región de Jaransk. Por órdenes de Lobradovski, el tal Kursín se dirigió a Pekín para aprender de los chinos el secreto de la porcelana, o *porcelaine* como entonces se llamaba. En Pekín, por medio de algunos rusos "alumnos de la escuela militar con rango de alférez", Kursin corrompió, mediante el pago de mil *liang*, o sea dos mil rublos de aquella época, a un maestro de la fábrica de porcelanas del emperador. Este chino, en presencia de Kursín y de los alféreces, hizo varias pruebas satisfactorias de elaboración de porcelana en unos templos abandonados situados a treinta y cinco *li* de Pekín. De regreso a Petersburgo, Lobradovski llevó consigo a Kursín y escribió a su soberana un informe sobre el secreto arrancado a los chinos. Se produjo un decreto imperial que el conde Razumovski transmitió al barón Cherkasov a fin de que aquellos hombres recién llegados de China fueran conducidos a la fortaleza de Sarkoie Celo. A Kursín le fueron tributados grandes honores, a pesar de que su robo no sirvió para nada, porque en las pruebas realizadas se demostró que el chino lo había engañado, "había hecho uso de perfidia" como se comunicó entonces en una circular secreta. Kursín volvió entonces a Jaransk, por temor a recibir un castigo ejemplar. Contemporáneamente a este hecho, el 1 de febrero de 1744, el barón Korf concluyó en. Cristiania un acuerdo secreto con Christoph Konrad Gunter, maestro en el arte de la porcelana, que había estudiado en Sajonia, nada menos que en la fábrica de Meissen.

Gunter, después de discutir ampliamente con el barón Korf sobre los emolumentos que debían corresponderle, llegó en secreto a Rusia a bordo de una fragata rusa, se instaló en Petersburgo e inició la construcción de una fábrica de cerámica que en seguida se convirtió en la Fábrica Imperial de Porcelana; se dedicó a hacer en ella una serie de experimentos al mismo tiempo que se entregaba a una vida orgiástica y a peleas con Vinogradov, su ayudante ruso, que terminaban siempre a golpes. Infructuosamente se dedicó a la tarea de fabricar porcelana, hasta que en 1748 fue expulsado con ignominia de Rusia, acusado de charlatanería e incompetencia. Gunter fue sustituido por el *burgmeister* ruso, alumno de Pedro el Grande, un borracho disoluto, pero hombre de innata capacidad, Dimitri Ivanovich Vinogradov. Es a él a quien se debe el verdadero principio de la porcelana en Rusia, de modo que la porcelana de nuestro país no le debe nada a nadie; fue inventada por Vinogradov; es su obra. Sin embargo, se han venido considerando como fundadores del arte de la cerámica rusa a Andrei Kursín de Jaransk, a quien los chinos timaron como a un

niño, y a Christoph Gunter, quien por su parte engañó a los rusos bajo las insignias de Europa.

La porcelana rusa tuvo su edad de oro. Maestros de la Fábrica imperial de Gardner, Vieux Gardner, de Popov, de Batenin, de Mijlachevski, de Iusupov, de los famosos hermanos Kornilov, de Safronov, de Sobanin, florecieron en gran parte gracias al trabajo de los siervos durante ese periodo áureo. Y por una tradición que se remonta a Dimitri Vinogradov, la fabricación de la porcelana atrajo a entusiastas y espíritus selectos, y despertó también la codicia de los rapaces. Los serenísimos principes Iusupov poseían una fábrica de porcelana, como también la poseían los nobles de antiguo linaje Vsevolodski, el comerciante atolondrado Nikita Shrapunov de Bogorodick, quien fue azotado por órdenes de Alejandro I por haber fabricado la figura de un sacerdote encorvado bajo el peso de una cesta donde se escondía una frondosa muchacha campesina. Todos los maestros se robaban entre si sus "secretos" a más y mejor: Iusupov a la Fábrica Imperial; Kiseliov a Popov; Safronov espió en secreto durante una noche oscura, como si fuera un ladrón, a través del agujero hecho en el piso de una buhardilla. Estos maestros, estos excéntricos, crearon cosas hermosísimas. La porcelana rusa es un arte maravilloso que ornamenta el globo terrestre.

Iamskoe Pole, 15 de enero de 1929

UN CUENTO SOBRE CÓMO SE ESCRIBEN LOS CUENTOS

I

Conocí en Tokio por casualidad al escritor Tagaki-san. Nos presentaron en un círculo literario japonés, aunque después no volvimos a vernos; he olvidado las pocas palabras que allí intercambiamos, y de él sólo me quedó la impresión de que había estado casado con una rusa. Era verdaderamente *sibuy* (*sibuy* en japonés equivale a *chic;* su sencilla elegancia era algo que muy pocos logran poseer); extraordinariamente sencillos eran su kimono y sus *ghetta* (esa especie de coturnos de madera que usan los japoneses en vez de zapatos), llevaba en la mano un sombrero de paja, sus manos eran bellísimas. Hablaba ruso. Era moreno, de baja estatura, delgado y hermoso, si es que a los ojos de un europeo los japoneses pueden parecer hermosos. Me dijeron que había alcanzado la fama con una novela en la que describía a una mujer europea.

Se habría borrado ya de mi memoria, como tantos encuentros ocasionales, a no ser...

En el archivo del consulado soviético en la ciudad japonesa de K. me cayó entre las manos el expediente de una tal Sofía Vasilievna Gniedij-Tagaki, quien pedía la repatriación. Mi compatriota, el camarada Dyurba, secretario del Consulado General, me llevó a Mayo-san, el templo de la zorra situado en lo alto de una de las montañas que rodean la ciudad de K. Para llegar allí es necesario tomar primero un automóvil, luego el funicular, y, al final, continuar a pie entre bosquecillos que crecen sobre las rocas hasta la cima de la montaña, donde había un espeso bosque de cedros, en medio de un silencio sólo turbado con el infinitamente triste tañido de una campana budista. La zorra es el dios de la astucia y de la traición: si el espíritu de la zorra penetra en un hombre, la raza de ese hombre está maldita. A la sombra espesa de los cedros, sobre la explanada de una roca cuyos tres costados caían a pico sobre un desfiladero, surgía un templo con aspecto de monasterio, en cuyos altares reposaban las zorras. Reinaba un silencio profundo; desde allí se abría el horizonte por encima de una cadena de montañas y sobre el inmenso océano que se perdía en la infinita lejanía. No obstante, encontramos una pequeña fonda con cerveza inglesa fresca no muy lejos del templo pero a mayor altura todavía, desde donde era visible también el otro flanco de la cadena montañosa.

Bajo la acción de la cerveza, al rumor de los cedros y frente al océano, dos compatriotas pueden conversar bastante bien. Fue entonces cuando el camarada Dyurba me contó una historia que me hizo recordar al escritor Tagaki y que me hace ahora escribir este cuento.

Aquel día en Mayo-san reflexionaba yo sobre la manera en que se escriben los cuentos.

Sí, ¿cómo se escriben los cuentos?

Aquella misma mañana saqué el expediente en que Sofía Vasilievna Gniedij-Tagaki desarrollaba su biografía desde el momento de su nacimiento, pues no había comprendido bien el instructivo según el cual todo repatriado debe proporcionar sus datos biográficos. Para mí, la biografía de esta mujer comienza en el momento en que el barco llegaba al puerto de Suruga; era una biografía extraña y breve, muy diferente a la de millares y millares de mujeres rusas de provincia, cuyas vidas podrían perfectamente escribirse con un método estadístico —nomográfico— de conducta, porque se parecen como una cesta a otra: la cesta del primer amor, los sufrimientos y alegrías, el marido, los pequeños engendrados para bien de la patria, y tantas otras cosas...

II

En mi cuento existen *él* y *ella.*

Sólo una vez he estado en Vladivostok. Fue a finales de agosto, y recordaré siempre Vladivostok como una ciudad de días dorados, de amplios horizontes, de recio viento marino, de mar azul, cielo azul, horizontes azules; en aquella áspera soledad que me recordaba Noruega, porque allá también la tierra se desploma hasta el horizonte en lisos bloques de piedra, sobre los cuales, solitarios, se yerguen los pinos. A decir verdad, estoy siguiendo el método de costumbre: completar con descripciones de la naturaleza los caracteres de los protagonistas. *Ella,* Sofía Vasilievna Gniedij, nació y creció en Vladivostok.

Trataré de presentarla:

Había terminado sus cursos en el gimnasio para convertirse en profesora de primera enseñanza, en espera de un buen partido: era una de tantas señoritas como existían por millares en la vieja Rusia. Conocía a Pushkin, por supuesto, pero sólo en las estrictas proporciones exigidas por los programas escolares, y con seguridad confundía los conceptos que entrañan las palabras "ética" y "estética" de la misma manera que los confundí yo cuando escribí un ensayo ampuloso sobre Pushkin, cuando cursaba el sexto año en el Colegio de Ciencias.

Era evidente que la pobre ni siquiera podía imaginar que Pushkin comenzara precisamente donde terminaba el programa escolar, así como tampoco había pensado nunca que los hombres creen medir todo por el grado de inteligencia que tienen, y que todo lo que queda por encima o por abajo de su comprensión le parece al hombre un poco estúpido o rematadamente estúpido si él mismo es algo mentecato.

Había leído todo Chéjov por haber sido publicado en el suplemento de la revista *Neva* que recibía su padre, y Chéjov conocía a aquella muchacha, "perdónala, Dios mío, era una pobre tonta..." Pero si queremos volver a Pushkin, esta muchacha podría ser (y yo deseo que así sea) un poco boba, como lo es la poesía, lo que por otra parte puede ser muy agradable cuando se tienen dieciocho años.

Tenía ideas propias: sobre la belleza (son muy bellos los kimonos japoneses, especialmente los que fabrican los japoneses sólo para los extranjeros), sobre la justicia (y al efecto con toda razón le retiró el saludo al alférez Ivantsov, quien se había jactado de haber obtenido de ella una cita), sobre la cultura (porque en el concepto común que se tiene de la cultura, existe la convicción de que los Pushkin y los Chéjov —los grandes escritores— son sobre todo hombres extraordinarios, y, en segundo lugar, de que constituyen una especie ya extinguida como la de los mamuts, pues en nuestros tiempos no existe nada ni nadie extraordinario; en efecto, los profetas no nacen ni en la propia patria ni en los propios tiempos). Pero, si se puede aplicar la regla literaria según la cual el carácter de los protagonistas se complementa con las descripciones de la naturaleza, digamos entonces que esta muchacha como un poema —¡el Señor nos perdone!—, un poco boba, era limpia y diáfana como el cielo, el mar y las rocas de la costa rusa del Extremo Oriente.

Sofía Vasilievna supo escribir su biografía con tal habilidad, que yo y el funcionario consular no podíamos sino quedarnos perplejos (aunque en mi caso no demasiado) ante el hecho de que aquella mujer apenas si había sido desflorada por los acontecimientos vividos durante aquellos años. Como es sabido, el ejército imperial japonés estaba en 1920 en el punto más oriental de Rusia con el propósito de ocupar todo el Extremo Oriente, y, como también es sabido, los japoneses fueron expulsados por los revolucionarios. En la biografía no aparece una sílaba siquiera sobre esos acontecimientos.

Él era oficial del estado mayor general del ejército imperial japonés de ocupación, y vivía durante su estancia en Vladivostok en el mismo apartamiento en que Sofía Vasilievna alquilaba una pequeña habitación.

Fragmento de la autobiografía:

"...todo el mundo lo conocía con el mote de el Macaco. No había quien no se asombrara de que se bañase dos veces al día, usara ropa interior de seda, durmiera por las noches en piyama... Después se le comenzó a estimar... Por las noches jamás salía de casa, y leía en voz alta libros rusos, poemas y cuentos de autores contemporáneos para mí entonces desconocidos: Briusov y Bunin. Hablaba bien el ruso, aunque con un solo defecto: en vez de *r* pronunciaba *l.* Y eso fue lo que hizo que nos conociéramos: me encontraba yo junto a su puerta, él leía poemas y luego comenzó a cantar en voz baja:

La noche murmuraba...

"No pude contenerme al oír su pronunciación y solté una carcajada; él abrió la puerta antes de que lograra alejarme y me dijo: "

—Perdone que me atreva a solicitarle un favor, *mademoiselle* ¿Me permite usted que le haga una visita?

"Me quedé muy aturdida, no comprendí nada; le dije que me excusara y me encerré en mi habitación. Al día siguiente se presentó a hacerme la visita anunciada. Me entregó una caja enorme de chocolates, y luego me dijo:

"—¿Recuerda que le pedí permiso para hacerle una visita? Por favor, tome usted un chocolate. Dígame, ¿cuál es su impresión sobre el tiempo?"

El oficial japonés demostró ser un hombre con intenciones serias, todo lo contrario del alférez Ivantsov, quien concertaba las citas en callejones oscuros y estiraba las manos. El japonés invitaba a la muchacha al teatro a una buena localidad y después de la función la llevaba a un café. Sofía Gniedij le escribió una carta a su madre en la que le refería las intenciones serias del oficial. En su confesión autobiográfica, describe minuciosamente cómo una noche el oficial, que estaba en la habitación de ella, palideció de golpe, cómo su rostro adquirió luego un color violáceo y la sangre le afluyó a los ojos, y cómo se retiró apresuradamente, por lo que ella comprendió que en él había estallado la pasión... y luego lloró largamente sobre la almohada, sintiendo miedo físico hacia aquel japonés tan diferente, por raza, de ella. "Pero fueron precisamente esos arrebatos pasionales, que él sabía contener a la perfección, los que después encendieron mi curiosidad de mujer." Y comenzó a amarlo.

Él le hizo la proposición de matrimonio muy al estilo de Turgueniev, en uniforme de gala y guantes blancos, la mañana de un día de fiesta, en presencia de los patrones de casa, según todas las reglas europeas, y le ofreció su mano y el corazón.

"Dijo que volvería dentro de una semana al Japón y me pidió que lo siguiera, porque muy pronto los revolucionarios tomarían la ciudad. Según el reglamento del ejército japonés, los oficiales no pueden contraer matrimonio con mujeres extranjeras, y los oficiales del estado mayor tienen prohibido, en términos generales, casarse antes de cierto límite de edad. Por tales motivos me pidió mantener en el más estricto secreto nuestra situación, y vivir, hasta el día que lograra obtener el retiro, al lado de sus padres, en un pueblo japonés. Me dejó mil quinientos yenes y una carta de presentación para que pudiera reunirme con sus padres. Le dije que sí..."

Los japoneses eran odiados en toda la costa del Extremo Oriente ruso: los japoneses capturaban a los bolcheviques y los asesinaban, quemando a algunos en las calderas de los acorazados estacionados en la bahía, a otros los fusilaban o los quemaban en hornos construidos sobre pequeños volcanes de lodo... los revolucionarios echaban mano de toda su astucia para destruir a los japoneses (Kolchiak y Sionov habían ya muerto)... Los moscovitas se acercaban como un torrente enorme de lava... pero Sofía Vasilievna no dedica siquiera una línea a esos acontecimientos.

III

La verdadera y auténtica biografía de Sofía Vasilievna comienza el día en que puso pie en el archipiélago japonés. Esta biografía constituye una confirmación a las leyes de las grandes cifras con sus excepciones estadísticas.

No he vivido en Suruga, pero sé muy bien lo que es la policía japonesa y lo que son esos agentes que hasta los propios japoneses llaman *inu*, es decir perros. Los *inu* actúan de una manera aplastante, porque tienen prisa, hablan un ruso imposible, piden las generales comenzando con el nombre, patronímico y apellido de la abuela materna; su explicación es que "la policía japonesa necesita saberlo todo"; se enteran, casi sin que el interrogado se dé cuenta del "objeto de la visita". Escudriñan las cosas con la misma brutalidad con que inspeccionan el alma, según el *sinobi,* o sea el método científico de la escuela de policía japonesa. Suruga es un puerto pequeño, donde fuera de las casas de estilo japonés no existe siquiera un edificio europeo; un puerto donde abunda la pesca del pulpo, al que revientan para obtener la tinta y ponen luego a secar en las calles. En aquella provincia japonesa contribuía a sembrar la confusión, además de la policía, el hecho de que un gesto que en Vladivostok significa "ven acá" quiere decir en Suruga "aléjate de mí"; los rostros de los habitantes, por otra parte, no dicen nada, conforme a las reglas del hermetismo japonés que exige ocultar cualquier intimidad y no revelarla ni siquiera por la expresión de los ojos.

Sin duda le preguntaron a Sofía Vasilievna "el objeto de su visita" y ella no debió recordar con exactitud los apellidos de su abuela materna.

A ese propósito escribe brevemente: "Me interrogaron sobre el objeto de mi viaje. Me tuvieron arrestada. Permanecí un día entero en la delegación de policía. Constantemente me preguntaban sobre mis relaciones con Tagaki y por qué me había dado una carta de presentación: declaré que era su prometida, porque la policía me amenazó con repatriarme en el mismo barco si no hablaba. Tan pronto como confesé me dejaron tranquila y me llevaron un plato de arroz con dos palillos, que entonces todavía no sabía usar.

Esa misma noche llegó Tagaki-san, el novio, a Suruga. Ella lo vio desde la ventana dirigirse resueltamente a la oficina del jefe de la policía. Le pidieron cuentas sobre la muchacha. Tagaki se comportó virilmente y declaró:

—Sí, es mi prometida.

Le aconsejaron devolverla a su patria, pero él se negó. Le dijeron que sería expulsado del ejército y desterrado a algún lugar remoto: él lo sabía.

Entonces quedaron en libertad *él* y *ella*. Él, a la manera de Turgueniev, le besó la mano y no le hizo el menor reproche. Después la acompañó al tren y le dijo que en Osaka encontraría a su hermano; que él por el momento "estaría un poco ocupado".

Desapareció en la oscuridad; el tren se internó entre montes oscuros. La muchacha permaneció en la más absoluta soledad, y se convenció de que *él*, Tagaki, era la única persona por quien sentía cariño y devoción, hacia la cual se sentía ligada y llena de gratitud, y también de incomprensión.

El vagón estaba bien iluminado; afuera todo eran tinieblas. Todas las cosas que la rodeaban le parecieron horribles e incomprensibles, sobre todo cuando los japoneses que viajaban en su compartimiento, hombres y mujeres, se desvistieron para dormir, sin

ninguna vergüenza de mostrar el cuerpo desnudo, así como cuando, en algunas estaciones, vio comprar a través de las ventanillas té caliente en pequeñas botellas y cajas de madera de abeto que contenían una cena de arroz, pescado, rábanos, una servilleta de papel, un mondadientes y un par de palillos, con los que había que comer. Después se apagó la luz y los pasajeros comenzaron a dormir. Sofía Vasilievna no logró pegar un ojo en toda la noche, víctima de la soledad, de la incomprensión, del espanto. No entendía nada.

En Osaka fue la última en bajar al andén y se encontró inmediatamente ante un hombre en kimono de tela oscura a rayas, con los pies atados a dos trozos de madera. Se sintió muy ofendida por el silbido con que aquel individuo acompañó su propia reverencia, apoyando las manos abiertas sobre las rodillas, y de la tarjeta de visita que le entregó sin tenderle la mano: ella ignoraba que tal era la manera de saludar entre los japoneses; mientras ella estaba dispuesta a abrazar a su pariente, él ni siquiera se dignaba a estrecharle la mano... Se quedó paralizada, sintiendo que ardía de humillación.

Él no sabía una sola palabra de ruso: le dio una palmadita en un hombro y le indicó la salida. Se pusieron en movimiento. Entraron en un automóvil. La ensordeció y la cegó la ciudad, comparada con la cual, Vladivostok era una aldea. Llegaron a un restaurante donde les sirvieron un desayuno a la inglesa: no comprendía por qué debía comer la fruta antes que el jamón y los huevos. El otro, dándole siempre una palmadita en el hombro, le indicaba lo que debía hacer, sin articular siquiera un sonido, sonriendo inexpresivamente de cuando en cuando. Después del desayuno la condujo a los excusados: ella no sabía que en Japón el retrete era común para hombres y mujeres. Aterrada, le hizo señas de que saliera, el otro no comprendió y comenzó a orinar.

Volvieron a tomar el tren; él le compró una ración de alimentos empacada en una cajita de madera de pino, una botella de café y le puso en las manos los dos palillos para que comiera.

Por la noche bajaron del tren, y él la hizo sentarse en una *ricksha:* la sangre se le subió a las mejillas por esa sensación casi insoportable de desagrado que experimenta todo europeo al subir por primera vez en una *ricksha*... pero ya para entonces carecía de voluntad propia.

Atravesaron la ciudad de calles estrechas, siguieron después por callejones y senderos bordeados de cedros, al lado de cabañas escondidas entre el verdor del follaje y las flores; la *ricksha* los condujo, siguiendo la pendiente de una montaña, hacia el mar. Sobre una roca que caía a pico, en una pequeña explanada sobre el mar, en la bahía, bajo la fronda de los árboles, había una cabaña; se detuvieron frente a ella. De la cabaña salieron un anciano y una anciana, varios niños y una mujer joven, todos vestidos con kimonos, que le hicieron profundas reverencias sin tenderle la mano. No le permitieron entrar de inmediato; el hermano del novio le señaló los pies: ella no comprendía. Entonces la hizo sentarse, casi a la fuerza, y le quitó los zapatos. En el umbral de la casa las mujeres se arrodillaron rogándole que entrara. Toda la casa parecía un juguete: en la última habitación una ventana se abría sobre el amplio mar, el cielo, las rocas: aquel lado de la casa estaba situada sobre el abismo. En el suelo de la habitación había muchos platos y recipientes, y al lado de cada

recipiente había un almohadón. Todos, ella también, se sentaron sobre esos almohadones, en el suelo, para cenar.

...Al día siguiente se presentó Tagaki-san, el prometido. Entró en kimono, y ella por un instante no reconoció a aquel hombre que se inclinó en una profundísima ceremonia primero ante el padre y el hermano, luego ante la madre y, finalmente, ante ella. Sofía Vasilievna habría querido arrojarse en sus brazos, pero él retuvo por un minuto sus manos y, con aire de profunda cavilación, le besó una de ellas. Llegó por la mañana. Le hizo saber que había estado en Tokio, que lo habían licenciado del ejército y, como castigo, exiliado durante dos años, concediéndole pasar el tiempo del exilio en su pueblo, en casa de su padre: de aquella casa y de aquel peñasco no debería alejarse durante dos años.

Ella estaba feliz. Él le había llevado de Tokio muchos kimonos. Ese mismo día fueron a registrar su matrimonio en la oficina correspondiente; ella en kimono azul, con los cabellos rubios peinados a la japonesa, el *obi* (cinturón) que le dificultaba la respiración, oprimiéndole dolorosamente el pecho, y los coturnos de madera que le oprimían un callo entre los dedos de un pie. Dejó de ser Sofía Vasilievna Gniedij para convertirse en Tagaki-no-okusan. Y la única cosa con la que pudo pagarle al marido, al amado marido, no fue con gratitud, sino con auténtica pasión, cuando por la noche, en el suelo, envuelta en un kimono de noche, se le entregó y en las pausas de la ternura, el dolor y el deseo, oían el estallido de las olas bajo ellos.

IV

En otoño se marcharon todos, dejando solos a los jóvenes esposos. De Tokio les enviaron cajas con libros rusos, ingleses y japoneses. En su confusión, ella no cuenta casi nada sobre cómo pasaba el tiempo. Es fácil imaginar cómo soplaban los vientos del océano en otoño, el estruendo de las olas al golpear los peñascos, el frío y la soledad ante la estufa doméstica cuando se sentaban solos durante horas, días, semanas.

Pronto ella aprendió a saludar: *o-yasumi-nasai,* a despedirse: *sayonara,* a dar las gracias: *do-ita-sima-site,* a pedir que tuvieran la amabilidad de esperar mientras iba a llamar a su marido: *chotomato-kudasai*... En su tiempo libre aprendió que el arroz, igual que el trigo, podían cocinarse de las maneras más diversas, y que así como los europeos no saben preparar el arroz, los japoneses no sabían hacer el pan. A través de los libros que el marido había recibido, aprendió que Pushkin comenzaba precisamente donde terminaba el programa escolar, que Pushkin no era algo muerto como un mamut sino algo que vive y que vivirá siempre; por su marido y por los libros se enteró de que la literatura más grande y el pensamiento más profundo eran los rusos.

Su tiempo transcurría con la severa regularidad de la vida en el campo; con ciertas asperezas.

Por la mañana el marido se sentaba en el suelo con sus libros; ella cocinaba el arroz y los demás platos; bebían té, comían ciruelas en salmuera y arroz sin sal. El marido no era exigente: habría podido vivir meses enteros sólo de arroz, pero ella preparaba también algunos platos de la cocina rusa; iba por la mañana a la ciudad a hacer las compras y se asombraba de que los japoneses no vendieran los pollos enteros sino en piezas, podía comprar separadamente las alas, la pechuga, los muslos. En el crepúsculo, iban a pasear por la orilla del mar, o por las montañas hasta un pequeño templo; ella se acostumbró a caminar con los coturnos, a saludar a los vecinos a la manera japonesa, haciendo reverencias profundas con las manos en las rodillas. Por la noche leían. Muchas noches las dedicaban a hacer el amor: el marido era apasionado y refinado en la pasión, por la larga cultura de sus antepasados, distinta a la europea; el primer día del matrimonio, la madre de él, sin decirle una palabra —ya que no tenían ningún medio común de expresión— le regaló unos cuadritos eróticos en seda, que ilustraban ampliamente el amor sexual.

Ella amaba, respetaba y temía a su marido; lo respetaba porque era fuerte, noble y taciturno, y lo sabía todo; lo amaba y lo temía porque cuando ardía de pasión lograba subyugarla por completo. Había días en que su marido se comportaba de modo sombrío, cortés, esquivo, y, a pesar de su noble conducta, la trataba con severidad. A fin de cuentas era muy poco lo que sabía de él, nada de su familia: su suegro poseía en alguna parte una fábrica, algo relacionado con la seda.

A veces llegaban a visitar a su marido algunos amigos de Tokio o de Kioto; en esas ocasiones él le pedía que se vistiera a la europea y que recibiera a los huéspedes a la manera europea; es decir, bebían el sake, el aguardiente japonés, junto con las visitas; después del segundo vaso sus ojos se inyectaban de sangre, hablaban sin cesar, y luego, ebrios, cantaban algunas canciones y se iban a la ciudad poco antes del amanecer.

Vivían en medio de una gran soledad, el frío de invierno sin nieve se transformaba en el sopor del verano, el mar se encrespaba durante las tormentas, pero era sereno y azul a la hora del reflujo; las diarias jornadas de ella no se parecían siquiera a las cuentas de un rosario, porque éstas pueden ser contadas y recontadas, como suelen hacer los monjes europeos y los budistas, mientras que ella no podía contar sus días.

Aquí puede terminar el cuento sobre cómo se escriben los cuentos.

Pasó un año, otro, otro más.

Se cumplió el término del exilio, sin embargo se quedaron a vivir allí todavía otro año. Más tarde comenzó a llegar a su ermita mucha gente, que saludaba con profundas reverencias tanto a ella como a su marido; lo fotografiaban ante su biblioteca con ella al lado; le preguntaban sobre sus impresiones del Japón. Le pareció que toda aquella gente caía sobre ellos como guisantes salidos de un costal. Supo entonces que su marido había publicado una novela con enorme éxito. Le hicieron ver las revistas donde estaban fotografiados los dos: en casa, cerca de casa, durante un paseo hacia el templo, durante un paseo a la orilla del mar, *él* en kimono japonés, *ella* vestida a la europea.

Ya para entonces hablaba un poco de japonés. Muy pronto aprendió a desempeñar el papel de esposa de un escritor célebre, sin advertir el cambio que tiene lugar de manera misteriosa, ese cambio que consiste en no tener ya miedo de los extraños, sino en considerarlos como gente dispuesta a rendirle alguna cortesía. Pero no conocía la célebre novela de su marido ni el argumento. A menudo le hacía preguntas a su marido quien respondía a su pregunta con un silencio convencional; tal vez porque en realidad el asunto no le interesaba demasiado ella dejó de insitir. Pasó el rosario de jaspe de sus días. Unos jóvenes cocineros preparaban ahora el arroz, y a la ciudad ella iba en automóvil, dándole órdenes en japonés al chofer. Cuando su suegro se presentaba, le hacía una reverencia más respetuosa que la que ella hacía para saludarlo.

No cabe duda de que Sofía Vasilievna habría sido la mujer perfecta del escritor Tagaki, igual que la mujer de Heinrich Heine, que acostumbraba preguntarle a los amigos de su marido: "Me han dicho que Heinrich ha escrito algo nuevo, ¿es cierto?..." Pero Sofia Vasilievna acabó por enterarse del contenido de la novela. Había llegado a casa el corresponsal de un periódico de la capital, quien hablaba ruso. Llegó cuando el marido estaba ausente. Fueron a pasear hasta el mar. Y junto al mar, después de conversar sobre algunas trivialidades, ella le preguntó cómo se explicaba el éxito de la novela de su marido, y qué era lo que consideraba fundamental en ella.

V

...Y esto es todo. Cuando en la ciudad de K. encontré en el archivo consular la autobiografía de Sofía Gniedij-Tagaki, compré al día siguiente la novela de su marido. Mi amigo Takahashi me refirió el contenido. Conservo todavía este libro en mi casa, en la calle Povarskaia. El cuarto capítulo de este cuento no lo escribí dejándome llevar por la imaginación, sino siguiendo casi punto por punto lo que me tradujo mi amigo Takahashi-san.

El escritor Tagaki, durante todo el tiempo que duró su exilio, había escrito sus observaciones sobre la esposa, esa rusa que no sabía que la grandeza de Rusia comenzaba precisamente después de los programas escolares, y que la grandeza de la cultura rusa consistía en saber meditar.

La moral japonesa no tiene el pudor del cuerpo desnudo, de las funciones naturales del hombre, del acto sexual: la novela de Tagaki-san había sido escrita con minuciosidad clínica... y con meditaciones al estilo ruso. Tagaki-san meditaba sobre el tiempo, sobre los pensamientos y sobre el cuerpo de su mujer... Cuando a la orilla del mar, el corresponsal del periódico de la capital discurría con Tagaki-no-okusan, la mujer del célebre escritor, puso ante ella no un espejo sino la filosofía de los espejos, ella se vio a sí misma vivir entre las páginas de papel; no era tan importante el hecho de que en la novela se describiera con detalles clínicos cómo temblaba ella en los momentos de pasión y el desorden de sus vísceras; no, lo terrible, lo terrible para *ella* era otra cosa. Comprendió todo, allí comenzaba

lo horrible; eso era un traición excesivamente cruel a todo lo que ella alentaba. Fue entonces cuando pidió, por medio del consulado, ser repatriada a Vladivostok.

He leído y releído con la mayor atención su autobiografía: que toda su vida había sido material de observación, que el marido la había estado espiando cada momento de su vida... estaba escrita siempre con la misma sensibilidad, con monotonía, sin efectos; las partes de la autobiografía de esta mujercita insignificante donde —a saber por qué— se describían la infancia, la escuela y la vida de Vladivostok y también las jornadas japonesas, estaban escritas con la misma insipidez con que se escriben las cartas de amigas de sexto año de la escuela municipal, o del segundo curso de los institutos para muchachas nobles, según las reglas de composición escolar; pero en la última parte (en la que arrojaba alguna luz sobre su vida conyugal) esta mujer había sabido encontrar palabras verdaderas y grandes de simplicidad y claridad, como supo encontrar la fuerza para actuar simple y claramente.

Abandonó la condición de mujer de un escritor célebre, el amor y las costumbres adquiridas y volvió a Vladivostok a las habitaciones desnudas de las profesoras de escuela elemental.

VI

Eso es todo.

Ella: vivió su autobiografía hasta el fondo; yo escribí su biografía, escribiendo que pasar a través de la muerte es bastante más cruel que matar a un hombre.

Él: escribió una novela hermosísima.

Que sean los otros quienes juzguen, no yo. Mi trabajo se reduce a meditar: sobre todas las cosas, y, también, en particular, sobre cómo se deben escribir los cuentos.

La zorra es el dios de la astucia y de la traición: si el espíritu de la zorra penetra en un hombre, la raza de ese hombre está maldita.

¡La zorra es el dios de los escritores!

Uzkoie, 5 de noviembre de 1926